



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núms. 84-85

Salamanca, Junio-Julio de 1921

Año VIII

IN MEMORIAM

DEL

**EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL DON JOSÉ MARÍA DE COS
ARZOBISPO DE VALLADOLID**

SEMBLANZA

HORA DE NONA

XI

POR aquellos años ocupaba preferentemente la atención del Sr. Cos el problema de dotar a la diócesis de Madrid-Alcalá de Seminario decoroso y suficientemente amplio para alojar a los alumnos que se dedicasen a los estudios eclesiásticos. En las capitulaciones que precedieron a la erección de la mencionada diócesis el Gobierno se comprometió a dotarla de edificio que pudiese servir de Seminario, mas



al cabo de ocho años muy corridos esta promesa no llevaba trazas de cumplirse y los seminaristas madrileños continuaban amontonados en los desvanes del Palacio episcopal de la manera más antihigiénica y antipedagógica que pudiera discurrirse.

El primer Obispo de Madrid, Sr. Martínez Izquierdo, comenzó a negociar con el Gobierno la cesión de un edificio en Alcalá. Allí pensaba restablecer la Facultad de Teología de su gloriosa Universidad y reconstituir su profesorado sobre la base de la Iglesia Magistral, que por el Concordato de 1851 había pasado a la categoría de Colegiata, pero con organización especial y distinta de las demás Colegiatas, organización que no había llegado a determinarse de una manera definitiva a pesar de los años transcurridos. Estas negociaciones fueron rotas bien pronto por la mano alevosa de Galeote, que cortó la vida del señor Martínez Izquierdo antes de haber terminado el primer año de su pontificado en Madrid. Sucedió al Sr. Martínez Izquierdo el señor Sancha, el cual desechó la idea de crear en Alcalá el Seminario diocesano y, confiando en las relaciones de amistad sincera que le unían con las familias más distinguidas y aristocráticas de la Corte desde el tiempo que había sido Obispo Auxiliar de Toledo y en la extraordinaria habilidad con que sabía obtener donativos cuantiosos de sus diocesanos ricos, concibió el proyecto de construir en Madrid un edificio de nueva planta en el que pudiese instalarse el Seminario.

El Sr. Sancha consiguió bien pronto ofrecimientos de importancia y algunos donativos. El más importante de éstos fué la cesión que le hizo la Duquesa de Pastrana de unos extensos solares que poseía en la calle de Diego León, aunque con la condición de que, si por alguna razón, cualquiera que fuese, no llegaba a edificarse en ellos el Seminario, volverían a ser propiedad de la donante o de sus herederos. Pareció después al señor Obispo muy distante el lugar donde estaban emplazados los solares y resolvió comprar otro solar en el paseo del Cisne y tres casas contiguas con las que se constituyó una manzana completa y se comenzaron las obras bajo la dirección del Marqués de Cubas. El proyecto era magnífico e importaba cerca de tres millones de pesetas que entonces había esperanzas de reunir, mediante una suscripción que empezó con donativos muy cuantiosos. Lleváronse a cabo los trabajos de explanación y cimentación, en los que se emplearon varios meses, y cuando apenas se

había iniciado la construcción de la planta de sótanos fué promovido al Arzobispado de Valencia el Sr. Sancha y fué nombrado Obispo de Madrid el Sr. Cos. La suscripción había disminuído ya notablemente, desvanecidos los primeros entusiasmos ante las dificultades de una obra larga y costosa, y al salir de Madrid su iniciador sufrió rudo golpe, quedando reducida a menos de la mitad. Continuáronse sin embargo las obras durante el primer año del pontificado del Sr. Cos, pero con gravamen pesadísimo para la diócesis, que tenía sobre sí la obligación de cubrir el déficit enorme que resultaba de la desproporción entre los exiguos recursos proporcionados por la suscripción y los gastos ocasionados por las obras. Presentóse, pues, un grave conflicto. Los recursos de que la diócesis podía disponer estaban comprometidos con la construcción de dos templos parroquiales, el de Santa Cruz y el de Ntra. Sra. del Pilar y con cuatro o cinco reparaciones de otras tantas iglesias rurales: era de presumir que la suscripción iniciada para construir nuevo Seminario continuase sufriendo mermas, como suele suceder en todas las suscripciones: el Sr. Cos no poseía aquella rara habilidad con que su antecesor sabía convertir los adoquines en billetes de Banco: ¿qué hacer en situación tan apurada? El Sr. Cos, que había estudiado muy bien el asunto, pensó que el único camino que podía escogerse era el de reanudar las negociaciones interrumpidas con la muerte del Sr. Martínez Izquierdo hasta conseguir que el Estado cumpliera la obligación de dotar a la diócesis de Seminario, conforme a las cláusulas convenidas con Su Santidad para la erección de la diócesis de Madrid.

Las circunstancias no eran muy a propósito para conseguir del Gobierno que consignase en los presupuestos del Estado cantidades de alguna importancia para la construcción del Seminario, aunque, como ocurría en el caso presente, a ello estuviera obligado por algún solemne compromiso.

Después de varios años de relativo despilfarro, habían prevalecido ideas de orden y de economía. Castelar, con su abrumadora elocuencia, había proclamado en las Cortes la conveniencia de formar un presupuesto que llamaba *de la paz*, suponiendo con cándido optimismo que en mucho tiempo nadie podría acometer a España, ni por mar ni por tierra y que por consiguiente era posible reducir considerablemente los armamentos. La idea tenía muchos prosélitos, por lo cual el Gobierno de-

seaba presentar a las Cámaras un presupuesto nivelado y con notables reducciones en los gastos. Era Ministro de Hacienda el insigne vallisoletano Gamazo, el cual se hizo prontamente cargo de la justicia que asistía a la diócesis de Madrid en sus reclamaciones, y con el fin de satisfacerlas sin tener que gravar el presupuesto de gastos, ideó ceder para Seminario alguno de los edificios, casi todos viejos ya e inservibles que el Estado utilizaba para servicios públicos desde los tiempos de la desamortización, y ofreció al Sr. Cos el antiguo convento de la Trinidad, que durante muchos años había ocupado el Ministerio de Fomento, que por aquellos días iba a trasladarse al nuevo y suntuoso edificio que acababa de construirse frente a la Estación del Mediodía. No era grande la generosidad del Estado que conforme a uno de los artículos del Concordato estaba obligado a devolver a las diócesis respectivas los edificios eclesiásticos ocupados con motivo de la desamortización en el momento en que dejasen de ser utilizados para las oficinas instaladas en ellos, y que, por otra parte, se había comprometido a dotar de Seminario a la diócesis de Madrid. Al cumplimiento de estas dos obligaciones respondía entregando un edificio ruinoso, destartalado y lleno de grietas, que parecía próximo a derrumbarse, mas a pesar de todo el señor Cos se conformó con la resolución ministerial, comprendiendo que no era posible conseguir cosa mejor y que la no aceptación traería como consecuencia por lo menos una dilación por tiempo indefinido en las negociaciones.

En esto había comenzado la venta en pública subasta de los últimos bienes muebles e inmuebles de la casa de Osuna en el antiguo palacio de los Duques, situado en las Vistillas. Una mañana llegó a mi despacho el Duque de Uceda muy alarmado: había oído decir que iba a venderse el relicario de los Duques y deseaba impedirlo a todo trance; para elegir el medio de conseguirlo pedía consejo y cooperación. Subimos ambos a consultar el caso con el Sr. Cos y convinimos en que yo fuese a visitar a los liquidadores de la quiebra y les hiciese saber las leyes canónicas, que prohíben la venta de las reliquias. Fuí muy bien recibido por estos señores, que accedieron a retirar de la subasta el relicario y ponerlo a disposición de la autoridad eclesiástica, con tal que ésta abonase el valor de las tecas que encerraban las reliquias. Así se hizo, abonando el Sr. Cos de su bolsillo particular 2.750 pesetas, mediante las cuales pasó a ser de su pro-

piedad el relicario. Más adelante, siendo Arzobispo de Valladolid, lo cedió a su Catedral Metropolitana, en la que se conserva al presente (1).

Este asunto me obligó a visitar varias veces el palacio ducal de Osuna. En una de mis visitas encontré allí al Marqués de Vallejo, que acababa de comprar algunas de las cosas vendidas en la subasta de aquel día. El Marqués me interpeló, diciendo: ¿Por qué no compran ustedes este palacio para Seminario?—Y ¿dónde está el dinero, Marqués? le contesté yo.—Creo, repuso el Marqués, que se podría negociar el cambio con el antiguo Ministerio, y aún deberían dar a ustedes dinero encima. Venga usted a ver toda la posesión detenidamente. Estoy seguro de que ha de gustarle.—Recorrimos primero el palacio, antiguo caserón muy mal distribuído, pero con salones ricamente decorados y detalles de gran magnificencia; uno de ellos eran las puertas de caoba hechas de una sola pieza. Bajamos después a los jardines y en ellos quedé verdaderamente maravillado. Forma allí el terreno un suave declive primero y una pendiente más rápida después, constituyendo una serie de terrazas escalonadas sobre la vega del Manzanares. Era aquella tarde una de las últimas del invierno; el sol hacía brillar como un espejo el lago de la Casa de Campo y derramaba abundantemente sus rayos sobre las umbrías de los alrededores; más allá se divisaba la masa verde grisácea de los encinares del Pardo; a lo lejos cerraba el horizonte la sierra de Guadarrama, coronada de nieve en su cumbre y ostentando en su falda azulada como magnífico blasón, el Monasterio del Escorial, cuya blanca mole se destacaba a simple vista sobre las casas del pueblo de San Lorenzo. El espectáculo era deslumbrador y desde aquel momento quedé convertido en el más decidido y ardiente defensor de la adquisición del palacio para Seminario.

Referí puntualmente al Sr. Arzobispo-Obispo mi conversación con el Marqués de Vallejo y la impresión que me había causado la visita detallada de la antigua morada de los Duques. Noté que no era indiferente al Sr. Cos la opinión del Marqués de Vallejo, persona competentísima en asuntos financieros, mas a pesar de esto no parecieron interesarle mucho las noticias que

(1) Este relicario era de gran importancia por el número de reliquias que contenía, entre ellas, una espina de la Santa Corona y un dedo de San Francisco de Borja.

yo le daba, ni dió a entender que le hubiesen contagiado mis entusiasmos.

Al cabo de una semana, poco más o menos, me llamó un día por la tarde el Sr. Arzobispo-Obispo y me preguntó:—¿estarán en el palacio de Osuna los representantes de la comisión liquidadora?—Supongo que sí, contesté, porque es hora en que suelen estar.—Vamos allá, dijo el Sr. Arzobispo.—Estaban en efecto dos de los comisionados, que nos enseñaron detenidamente el palacio y los jardines. El emplazamiento de la finca gustó extraordinariamente al Sr. Cos, el cual, desde el día siguiente, abrió las negociaciones con la comisión liquidadora para la compra del palacio, mas pronto se tropezó con un obstáculo que parecía insuperable. La comisión se empeñaba en que se le cediesen en cambio del palacio, el antiguo convento de la Trinidad mas el solar del Paseo del Cisne con toda la obra allí construída o la cantidad de un millón doscientas cincuenta mil pesetas en que estaba tasado el palacio. La diócesis no tenía el dinero disponible; la venta así del solar del Paseo del Cisne como del que había sido Ministerio de Fomento, si no había de hacerse por menos de la cuarta parte de su valor, exigía largas gestiones; la liquidación de los bienes de la casa ducal de Osuna debía terminarse dentro de un plazo muy breve y por esta razón la comisión liquidadora apremiaba para que se le diese pronta y categórica contestación, y si se accedía al cambio que ella proponía, además de entregarle inmuebles que por su situación valían tres veces más que el palacio de Osuna, la diócesis de Madrid se hacía dueña de un solar magnífico, pero, careciendo de dinero para edificar el Seminario, se encontraba con que lejos de haberse resuelto el conflicto, éste había empeorado, hasta el punto de convertirse en insoluble, desvanecida ya la esperanza de que el Estado acudiese con nuevos recursos a la construcción de Seminario.

Vino a resolver la dificultad la *conciencia timorata* de algunos políticos, restos del antiguo partido progresista. En los progresistas de la segunda mitad del siglo XIX se solía amalgamar de un modo raro una fe religiosa, a veces muy arraigada con una aversión recelosa a cuanto de cerca o de lejos se relacionase con curas y frailes y aun con toda la jerarquía eclesiástica, desde el Papa hasta el más mísero monaguillo de iglesia rural. Toda la gente de iglesia era sospechosa, según el criterio progresista, de pertenecer a aquella *mano oculta de la reacción*

que tanto dió que pensar y que escribir a los oradores y periodistas del partido desde el año 54 hasta la época de la Restauración.

Algunos de estos progresistas habíanse agazapado en el partido liberal, acaudillado por Sagasta, y al ver que podría establecerse en el centro de Madrid, a dos pasos de la Puerta del Sol y del Ministerio de la Gobernación, nada menos que un semillero de curas, corrieron muy alarmados a referir sus cuitas a don Alberto Aguilera y a rogarle que estorbase el proyecto. Trató Aguilera de tranquilizarlos, haciéndoles ver la escasa importancia que tenía el emplazamiento del Seminario para la preponderancia de unos o de otros ideales políticos, pero no pudo conseguirlo. Ellos, los recurrentes, eran muy cristianos, católicos como el que más, pero no podían transigir con que en lo más céntrico de la Corte se estableciese un Seminario. En algo se había de conocer que los progresistas de fin del siglo no desmerecían de aquellos que durante el famoso bienio de 1854 a 1856, gritaban: *Abajo los curas y viva la Virgen del Carmen* (1).

Para desvanecer los escrúpulos de sus correligionarios polí-

(1) La fama que adquirió esta frase en la época del bienio, trae su origen del hecho siguiente:

Corría el verano de 1855 y estaba en todo su apogeo la Milicia Ciudadana, creada después del triunfo de la revolución de 1854. Perteneían a dicho cuerpo y eran fervorosos partidarios de él, varios comerciantes de la calle de Postas y de otras calles vecinas. Era uno de estos comerciantes, devoto cofrade de la Virgen del Carmen y siendo aquel año Hermano mayor, tocábale hacer su fiesta. Desplegó en ella toda la pompa posible, y para solemnizar la procesión, que salió de la iglesia del Carmen y recorrió algunas calles de aquel barrio, se le ocurrió llevar la música y un piquete de milicianos del batallón a que él pertenecía. Terminada la procesión, volvían a sus casas los milicianos, muy empenachados con su morrión de medio celemín y su altísimo pompón, cuando al salir de la Puerta del Sol y embocar la calle de Esparteros, columbró uno de los milicianos al cura de Santa Cruz, con el que tenía añejos resentimientos por no sé qué alusiones del cura en alguna plática dominical, y aunque el cura bajaba la calle muy pacífico y hasta un poco receloso ante aquel aparato bélico, el miliciano, afirmándose sobre los talones y erguido como gallo en pelea, gritó con voz estentórea: *Mueva el cura de Santa Cruz.—Mueva*, contestaron los demás. Alborotóse el Hermano mayor de la cofradía del Carmen, estimando el grito sospechoso de irreligiosidad, y dirigiéndose a sus compañeros, les dió una gran voz, diciendo: *Sí, sí, abajo los curas, pero viva la Virgen del Carmen.—Abajo los curas y viva la Virgen del Carmen*, vocearon todos los milicianos.

ticos, ideó Aguilera presentar a las Cortes un proyecto, que fué fácilmente aprobado, de reformas urbanas, entre las que se incluía la apertura de una calle que dividía en dos parcelas casi iguales, el solar del antiguo Ministerio de Fomento. Para que el proyecto pudiera realizarse, se autorizaba al Ministro de Gracia y Justicia para que negociase con la Diócesis la compra del edificio que se le había cedido recientemente y se destinaban los solares resultantes, después de abierta la calle, a la construcción de cuarteles de la Guardia civil (1). Las negociaciones se terminaron en breve plazo y en ellas se convino que el Estado recobrase el viejo edificio de la Trinidad, mediante el pago de 2.500.000 pesetas, distribuídas en cinco plazos anuales. Con esta cantidad, la diócesis pudo comprar el palacio de Osuna con sus jardines, obteniendo una rebaja de consideración en el precio, por el pago al contado, y proyectar la construcción de un edificio apropiado para Seminario. Hicieron los proyectos los Arquitectos D. Miguel Olabarría y D. Ricardo García Guereta, después de haber presentado unos borradores al Sr. Arzobispo-Obispo, quien los examinó minuciosamente y los corrigió por sí mismo, habiendo antes oído el parecer de una comisión, que estudió con el mayor cuidado las condiciones higiénicas y pedagógicas que debe reunir un edificio destinado a la enseñanza e internado de alumnos.

Se contrataron las obras y avanzó la construcción con gran rapidez; pero la Divina Providencia dispuso que antes de verlas terminadas dejase de ser Obispo de Madrid el que con tanto acierto había conseguido resolver el árduo problema de dotar a la diócesis de un Seminario, que no dudo colocar entre los mejores de España.

Dr. Julián DE DIEGO Y ALCOLEA.

Obispo de Salamanca.

(Continuad).

(1) Al fin no se realizó este plan. Se derribó el edificio; pero no se abrió la calle ni se edificaron los cuarteles y después de mucho tiempo el solar se dividió en parcelas y se vendió.



LA EDICIÓN VALENCIANA, 1587,

DEL

Camino de Perfección de Sta. Teresa

ANTES que Fr. Luis de León hubiese publicado en Salamanca, en 1588, la edición príncipe de *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús*, el *Camino de Perfección* contaba ya tres ediciones, hechas, la *primera* en Évora (Portugal) en 1583 por el Arzobispo D. Teutonio de Braganza; la *segunda* en Salamanca, en 1585, por el P. Fr. Jerónimo Gracián, y la *tercera* en Valencia, en 1587, a costa de Baltasar Simón, mercader de libros de esta ciudad. Son rarísimos los ejemplares de estas tres ediciones. De la primera, Évora, 1583, hay algunos; de la segunda, Salamanca, 1585, sólo se conocen dos, el uno en la Biblioteca Nacional de París y el otro en la particular de D. Juan M. Sánchez, por él mismo descrito en LA BASÍLICA TERESIANA, Junio de 1916, página 165. Pero aún son más raros los ejemplares de la tercera edición, hecha en Valencia en 1587, de la cual sólo se conoce un ejemplar, que tengo a la vista sobre la mesa, y es propiedad de mi buen amigo D. Antonio Palomeque, ingeniero jefe agrícola de esta provincia de Salamanca.

Los ejemplares de esta edición de Valencia debieron de desaparecer hace tiempo, pues a mediados del siglo XVIII ya hablan de ella con gran inexactitud, equivocando hasta el año (1586 en vez de 1587) los diligentes Padres Fr. Antonio de San Joaquín en el *Año Teresiano* (1738) y Fr. Andrés de la Encarnación en las *Memorias Históricas* (1757), cuyas palabras el P. Silverio copia (1) sin corregirlas, añadiendo: «También se hace mérito de esta edición en la Bibliote-

(1) En su edición de las *Obras de Santa Teresa*, tomo III, página XXXV.

ca Gabrielis Sora (Zaragoza, 1618).—Aunque *no hemos visto ningún ejemplar, sospechamos que es reproducción de las dos precedentes*»: sospecha infundada, pues las dos precedentes, de Évora y de Salamanca, no son idénticas en el orden de materias.

La portada de esta edición de Valencia reza así:

TRATADO
LLAMADO CA
 MINO DE PERFEC-
 cion, que escriuio para fus Monjas
 la madre Terefa de IESVS,
 fundadora de los monafte
 rios de Carmelitas
 descalças.

Aquí
 una imagen
 de
 la Virgen.

Con Licencia y priuilegio.

EN VALENCIA,

*En casa de la viuda de Pedro de Huete, a
 la plaça de la Yerua, Año 1587.*

A costa de Balthafar Simon Mercader de li-
 bros, junto al estudio general.

Forma un tomito en 8.º de 10 folios preliminares, mas 92 de texto, del 1 al 88, del *Camino de Perfección*, y del 89 al 92, de los *Avisos de la Madre Teresa de Jesús para sus monjas*.

Folio ¶ 1 recto: Portada.

- Folio ¶ 1 vuelto: en blanco.
 Folio ¶ 2 recto: Licencia del Arzobispo el B. Juan de Ribera.
 Folio ¶ 2 vuelto: Censura de Fr. Juan de San Jerónimo.
 Folio ¶ 3 recto y vuelto: Licencia del Virrey.
 Folio ¶ 4 recto y vuelto: Dedicatoria de Baltasar Simón, librero,
 a la Virreina.
 Folio ¶ 5 recto al 8 vuelto: Carta de D. Teutonio de Braganza,
 arzobispo de Évora, a las Carmelitas.
 Folio ¶ 9 recto: Protestación.
 Folio ¶ 9 vuelto y 10 recto y vuelto: Prólogo.
 Folio 1 recto al 88 vuelto: Texto del *Camino de Perfección*.
 Folio 89 recto al 92 recto: *Avisos de la Madre Teresa de Jesús
 para sus Monjas*, y el colofón:

EN VALENCIA,

*En casa de la viuda de Pedro de Huate, a
 la plaça de la Yerua, Año 1587.*

Folio 92 vuelto: en blanco.

Por ser desconocidos en absoluto, pónense a continuación los documentos preliminares, copiados con toda fidelidad.

Nos don Ioan de Ribera por la gracia de Dios, y de la sancta yglesia de Roma Patriarcha de Anthiochia, Arçobispo de Valencia, y del consejo de su Magestad, &. Por tenor de la presente damos licencia y facultad se pueda imprimir en esta ciudad de Valencia el libro intitulado tratado llamado Camino de perfection, escrito por la Religiosa madre Teresa de Iesus, fundadora de los monesterios de Carmelitas descalças, el qual ha sido visto y examinado por el Reuerendo padre fray Ioan de sant Hieronymo, prior de sant Miguel de los Reyes: y no halló en el cosa q repugne a nuestra sancta fe catholica, antes le juzgó por muy vtil y prouechoso. Dado en Valencia a xvij. de Setiembre M. D. Lxxxvj. = El Patriarcha Arçobispo de Valen. = *V. Frexa.* = *De mandato Illustriss. Domini mei Patriarchae Archiepiscopi Valentini.* = *Hieronymus Asoris Secretarius.*

Yo fray Iuan de sant Hieronymo prior del monesterio de sant Miguel de los Reyes de la ciudad de Valencia, Por mandado del

Illustrissi. y Reuerendissi. señor don Iuan de Ribera Arçobispo de Valencia, y Patriarcha de Antiochia he leydo este libro llamado Camino de perfection: compuesto por la madre Teresa de Iesus, fundadora de los monesterios de Carmelitas descalças: en el qual he visto muy saludable doctrina, y muy conforme a la catholica, parece me que es vna mina riquissima con que se puede enriquecer vna alma, en particular con tres documentos principales entre otros, que son, el diuino encarecimiento del inestimable precio y juro perpetuo que ay en la imitacion del desamparo de Christo, y del padecer por el. En la traça que da del trato familiar con nuestro Dios. Y en la cordial glosa, y exposicion del Pater noster, y assi a mi pobre juyzio me parece cosa vtil, y de importancia, que se imprima en este Reyno, y se diuulgue para el adelantamiento, y prosperidad de las animas amigas de perfection. En Valencia a 17. de Setiembre de 1586.=*Fray Iuan de sanct Hieronymo.*

Don Phelip per la gracia de Deu Rey de Castella,..... de Valencia &c. E per sa Magestat

Don Francisco de Moncada Conte de Aytona y de Osona, Vizconte de Cabrera y de Bas, gran Senescal de Arago, Llochtinent y Capita general en lo present regne de Valencia. Per quant Balthasar Simo llibrer de la present ciutat nos ha humilment suplicat, fos de nostra merce donar, e concederli llicencia y facultat pera que per lo temps a nos ben vist puga fer imprimir ell tan solamet vn libre intitulat Camino de perfeccion, cõpost per la mare Teresa de Iesus, fundadora dels monestirs de Carmelitas descalças. E nos attes que la obra es vtil y profitosa, y que pera dit effecte te llicencia del ordinari, ho hauem tengut per be, en la manera infra escrita..... Dat. en lo real palacio de Valencia a xv. dies del mes de Setembre, Any de la Natiuitat de nostre señor Deu Iesu Christ. M. D. Lxxxvj.=El Conde de Aytona.=*V. Pascual R.=V. Viues Fisci Aduoc.=In Diuersorum XLIII.=Fol. C. XVII.*

A la Illvstrissima y Excellentissima Señora Doña Lucrecia Gralla y de Moncada Condessa de Aytona, y de Osona, Vizcondesa de Bas, Virreyna de la ciudad y Reyno de Valencia, &c. mi señora, Balthasar Simon dessea salud.

He tenido a muy buena dicha que llegasse a mis manos este li-

bro, cuyo titulo es Camino de perfection, q compuso la madre soror Teresa de Iesus, mujer de tan buen espiritu que se siruio nuestro Señor della para plantar los jardines espirituales de las Religiosas descalças Carmelitas, que oy florecen en el mundo. Y pareciome ponerle ante los ojos de todas las personas que tratan de la vida espiritual, para que assi alcançasse el fin con q se escriuio, que fue el aprouechamiento de personas Religiosas, y se perpetuasse la memoria de quien le compuso; que no es razon sepultalla en el oluido, auiendo ella con sus marauillosos exemplos hecho olvidar a muchos del mundo, y de si mesmos por acordarse de Dios. Y porque los principales exercicios de V. Excelen. son darse a nuestro Señor con ta estremado punto, que sin hazer falta a las obligaciones de su casa y estado, da admirable exemplo de recogimiento y oracion a toda esta corona: concertando desta manera los exercicios de vida activa, y contemplatiua: y enseñando a pelear con vna y con otra mano, como lo hazia el Capitan Ayoth, que de ambas era muy diestro. Creo que ayudara mucho la licion deste libro a tan altos pensamientos. Y assi el mismo seruira la merced que V. Excellencia le hara recibiendo en su protection, con la qual osara salir al theatro del mundo sin temor de las lenguas atreuidas, que a nadie perdonā. Lo que en este libro ay mio, q es el trabajo de hazerle imprimir, de muy buena gana lo ofrezco a V. Excellencia, para que por este medio me conozca por su criado, que con tan honroso titulo cobrarre yo animo para emprender cosas mayores del seruicio de V. Excellencia, cuya Illustrissima y Excellentissima persona y estado prospere nuestro Señor por muy largos y dichosos años. De Valencia a 21. de Deziembre de 1586.

Illustriss. y Excellentiss. Señora

*Besa las Illustriss y Excellentiss.
manos de V. Excellencia su criado*

Balthasar Simon.

Esta rarísima edición valenciana, 1587, reproducción de la salmantina, 1585, si es de gran importancia bibliográfica, eslo más todavía históricamente considerada, pues el censor Fr. Juan de San Jerónimo califica el *Camino de Perfección* de «mina riquísima con

que se puede enriquecer un alma». Y a Baltasar Simón parecióle «ponerle ante los ojos de todas las personas que tratan de la vida espiritual, para que assi alcançase el fin con que se escribió, que fue el aprouechamiento de personas Religiosas, y se perpetuasse la memoria de quien le compuso», preludiando la eternidad de la fama de la gran doctora mística española Santa Teresa de Jesús.

Fr. Justo CUERVO, O. P.





Después de la catástrofe...

ELLOS mismos pidieron ir a Toledo como recompensa al éxito de sus exámenes, y para allá salieron llenos de la hermosa alegría de la juventud y con el entusiasmo de quienes van a realizar una ilusión...

.....
Cuando los padres supieron la magnitud de la catástrofe ferroviaria del tren en que regresaban sus hijos, se conformaron con perder uno... pero ¡era poco! y pronto se enteraron de que el jovencito que como su abuelo, se llamaba Jesús de Monasterio, había perecido también... y ¡aún no era bastante! y les dijeron que además había sucumbido el hermano que acompañaba a los hijos: es decir, los tres que fueron...

Sería imposible que mazazos tan brutales pudieran resistirse, si Dios al dar la cruz no hiciera también de Cirineo.

Nos preocupamos mucho de los ladrones que se llevan nuestras riquezas, esas riquezas que el mismo Dios nos manda no apegarnos a ellas; y poco de los ladrones que nos van robando un tesoro mucho mayor: ¡la fe! que es indispensable al alma, que necesita el corazón y hace falta hasta para el espíritu.

Porque mis hermanos, por ejemplo, no podrían consolarse si sólo pensaran que fué el egoísmo de una compañía o el descuido de un hombre quienes les quitan sus dos hijos en la plenitud de la vida. Para resignarse como los infelices se resignan, les precisa saber que aquel egoísmo del poderoso y aquel descuido del imprudente, fueron una forma de que el Señor se sirvió para prepararles una desgracia; porque quiere que todos suframos mucho y a nadie hizo sufrir tanto como a su Madre, que era a quien más amaba...

Nuestra naturaleza cobarde se rebela ante el dolor; pero dice Concepción Arenal, ¡tan atinada siempre! que el sufrimiento es indispensable a la humanidad, porque sin él los hombres serían fieras.

Cuando oigo a la madre de los muertos decir entre suspiros y lágrimas el espantoso plural de ¡mis hijos!, me estremezco de compasión; pero al verla resignada con su desdicha, pienso que nadie en el mundo puede hacernos tanto daño como quienes enfrían nuestros sentimientos religiosos, impidiéndonos descongestionar el alma cuando está demasiado repleta de dolor, al exclamar: ¡Dios mío!...

Antonia DE MONASTERIO DE ALONSO-MARTÍNEZ.

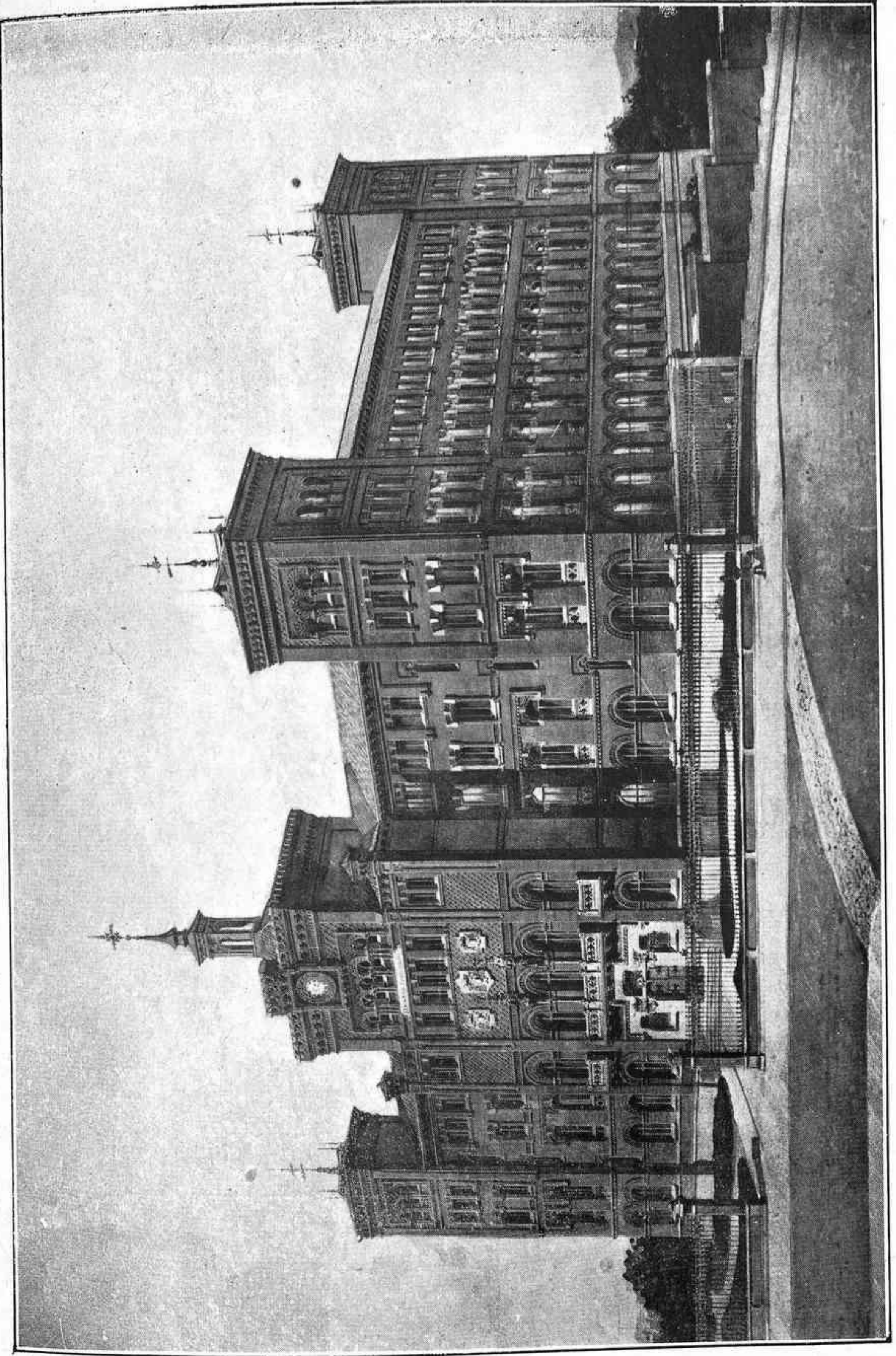
Madrid, 14 Junio 1921.



quien más amaba...



Fachada principal.



Vista general.



A MIS PAISANOS
EN LA MUERTE DE MI QUERIDÍSIMA HERMANA
LA MARQUESA DE TRIVES Y CASTELLANOS

Ya goza del cielo, la que era tan buena;
Por vuestro consuelo y parte en mi pena,
Permitir que os diga, pueblo castellano,
Lo que vuestra amiga, decía a mi hermano:

Me siento dichosa de verme en Castilla
Es tan cariñosa su gente y sencilla!
Con alma tan noble, piadosa y cristiana...!
Que estoy orgullosa de ser castellana.

A todos aquellos que la habéis tratado,
Que la habéis querido, que la habéis llorado,
Tener la esperanza, tener el consuelo,
Que a todos alcanza, su amistad en el cielo.

Y esta afligida y fiel paisana
De ella tan querida y que era su hermana,
En un solo abrazo a todos unida,
Estrecha este lazo, por toda su vida,

Asunción MALDONADO,
Marquesa de Garcillán.



Estudios de investigación histórica

UNA ACADEMIA LITERARIA SALMANTINA EN EL SIGLO XVIII

DE las Academias literarias, nacidas a la sombra de la Universidad en la Salamanca del antiguo régimen, poco es lo que se conoce. Datos de una de ellas, de la época apuntada, que celebró sus juntas en el Colegio de San Cayetano, se encuentran en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, que lleva en la lomera el ostentoso título de *Jardín de las potencias*¹, y en el interior gran número de composiciones en verso de diversos autores, que comprobarían una vez más, si fuera necesario, aquella afirmación de que el número de poetas era grande: lo que no había era poesía.

La primer junta que aparece en el manuscrito en cuestión se celebró para solemnizar la Nochebuena de 1716, bajo la presidencia de D. Ventura Pérez Galeote². Después de una Introducción musical—en la letra se hace alusión a *la voz del bastardo timbal* y al *eco veloz del clarín*—hay una oración en oc-

¹ Sign. Mss. 3.943. Letra del siglo XVIII. Por lo raro del título puede presumirse que se trata de alguna denominación que tuviese la encuadernación y se ha conservado al restaurarla.

² Academia que se celebró en el Colegio de San Cayetano de la ciudad de Salamanca la Nochebuena del año de 1716, siendo presidente de ella D. Ventura Pérez Galeote; Fiscal el P.^o D. Luis Briceño; Secretario P.^o D. Miguel de Cepeda; Académicos el P.^o D. Manuel de Errera, D. Alfonso de Pastranos, el P.^o D. Cayetano de Salcedo, P.^o D. Cristobal Cuero, P.^o D. Manuel de Castro, P.^o D. Diego Guzmán y D. Diego Blanco Carrillo. Al presente del único que tengo algún dato es del Presidente, Pérez Galeote, que hacia 1724 era Catedrático de una de las cursatorias de Leyes en la Universidad.

tavas reales del Presidente exponiendo los puntos que la Academia ha de tratar e indicando las personas que han de intervenir. Cada una encarna a una musa: D. Alfonso de Pastranos a Erato; D. Cayetano de Salcedo a Euterpe; D. Miguel Marco y Cepeda a Clio; D. Cristóbal Cuero a Talía; D. Manuel de Errera a Terpsícore; D. Diego Carrillo a Urania; D. Luis Briceño a Polimnia; a Caliope D. Manuel de Castro, y

.....
 Melpomene se mira en el aliento
 de un D. Diego Guzmán, cuya grandeza
 porque al mundo la admire, y yo me asombre
 con ser Guzmán consigue tanto nombre.

Terminado el discurso empieza el desarrollo de los asuntos, que cada uno de los antedichos declara en verso, menos el octavo que lo hace en prosa, y son de este tenor: "Cuál fué la mayor fineza que hizo la Magestad divina esta noche y cuál en nosotros la mayor deuda,„. "Describir la discordia que tuvieron Venus, Palas y Juno sobre la manzana de oro y resolver si tuvo razón París en dársela a Venus,„. "A una dama que por coger una rosa se picó con una espina y al ver la sangre que vertía se quedó desmayada,„. "A un estudiante con mucha peluca que le cogió una novia (que tenía en embrión) pidiendo la sopa en San Francisco,„. "A la feliz victoria que tuvieron las armas del Príncipe Eugenio contra los otomanos,„¹. "Pintárase en metro grave la perfección de una hermosura glosando en décimas esta rondilla:

Esos ojos legañosos
 y esas mocosas narices
 dan a entender que hay lombrices
 y están gritando que ay osos».

"A un amante tan embebecido en su amor que sólo le daba gusto oír las cosas que aludían a su pasión,„. "Dudar y resolver en prosa cuál es más fácil de convencer un tonto *themoso* o un

¹ El Príncipe Eugenio de Saboya, general de origen francés, pero desde su juventud al servicio del Imperio, fué encargado por el Emperador Carlos VI de una campaña contra los turcos después de la paz de Rastardt, y venció a los otomanos en Petervarad—ciudad situada en la margen derecha del Danubio— en 1.º de Agosto de 1716.

docto presumido,,. "Por qué todas las Pascuas se celebran en domingo y esta de Navidad del año 1716 en viernes,,. El Presidente hace un recitado como final de todas estas resoluciones.

Luego el Fiscal tiene su vejamen para los "canoros cisnes del Tormes,, que han tomado parte en la fiesta. El vejamen es de algún interés por hacer alusiones a costumbres o prácticas de la Academia; a las obras en que se han inspirado los autores, desde el Presidente, a quien le dice que

.....
 ha hurtado sin conciencia materiales
 a Calderón, Candamo y a Quevedo.

hasta el último de los académicos; darnos idea de alguna de las burlas consentidas en ellos, como llamar D. Cristóbal Borracho a D. Cristóbal Cuero, y algunas más que podrían recogerse de la lectura detenida del vejamen, que sirve de fin de fiesta.

No es ofender a sus autores decir que no se ven en estas composiciones grandes dotes literarias: en versos vulgares o afectados van desenvolviendo todos sus asuntos. Sólo me he de permitir copiar lo referente al del estudiante que iba por la sopa a San Francisco, por recogerse en él algunas alusiones a la vida escolar salmantina:

«Con peluca a un estudiante
 vio pedir sopa rendido,
 en San Francisco observante
 su novia de prometido.

Con peluca y a la sopa
 en vispera de marido?
 ya lo lamenta la ropa
 pues llora el caldo vertido.

Dueño y ropa an de perder
 el derecho de marido,
 uno porque va a soruer
 y el otro porque a soruido.

Con ambre te quedaras
 le dijo mui relamida,
 y los dientes no pondras
 en cosa de mi comida.

Pretendio disimular
 y la novia le decia,
 de donde juzgas sacar
 el gasto de cada dia?

Mantenerle cada mes
 juzga el picaro mui mal,
 que solo de sastres es
 poner aguja y dedal.

Cierto a quedado lucido
 con toda su pretension
 pues consumir no ha podido
 degela ya en embrion.

EL SU
 Mi estudiante era nouillo
 de los pies a la caueza;
 pues no teniendo volsillo
 quiso jugarme la pieza.

Caso arduo, dijo el pobrete,
 y fuese desconsolado,
 sin duda perdio el bonete
 que le tenian guardado.

Permitan que se lamente
 pues a perdido una dama
 que adornaria su frente
 con los rizos de Jarama.

Y a perdiste la muger
 casate ya con la ortera
 que yo doy fin por temer
 el vejamen que me espera».

Para solemnizar la Nochebuena de Reyes, se volvieron a reunir los Académicos ¹ en el mismo Colegio, ahora bajo la presidencia de D. Luis Briceño, actuando de Fiscal vejaminista don Miguel de Cepeda y de Secretario Pérez Galeote. No es tan completa la relación de esta segunda Junta, pero con todo tenemos noticia suficiente para poder asegurar que en ella se dió lectura a composiciones de la misma naturaleza. Pérez Galeote escribió unas décimas a una dama que por coger un clavel se cayó al suelo y se rompió un labio; D. Diego Carrillo o D. Diego Blanco de Carrillo, escribió unos ovillejos acerca de la fábula de Progne y Filomena; y en el vejamen del Fiscal encontramos referencias de todos, hasta del Secretario de la Academia, que según lo convenido, estaba libre de ellos. En este vejamen

¹ Segunda Academia que se celebró en el mismo Colegio la víspera de Reyes: Siendo Presidente el P.^o D. Luis Briceño; Fiscal el P.^o D. Miguel Zepe-
 da y Secretario D. Bentura Perez Galeote; y Academicos los mismos que en
 la antecedente.

hay afirmaciones de interés para la vida de todos los Académicos; hablando de D. Francisco de Salcedo, nos dice

.....
 y por eso salio subtilizado
 de su Colegio artista, traspillado
 sin comer en tres años otra cosa,
 que vn plato de chanfaina mui curiosa
 donde de paso, senda, o de camino
 se comio entre los bofes vn gran pino,
 hallando en este atajo
 modo para que hiciesen nuevo tajo
 y de alli le quedo la tiña y asma
 y el aver menester la cataplasma.

Sería tarea imposible hacer alusión a todas las composiciones que se conservan en el manuscrito en cuestión, pero con los versos transcritos y las indicaciones hechas, hay elementos suficientes para darse cuenta de la importancia de las Academias literarias de aquellos días.

A. HUARTE





EL SUEÑO DEL PEREGRINO (1)

Por el Cristo de Limpias, la imagen milagrosa,
Y por Santa María, nuestra Madre gloriosa,
El Espíritu Santo me inspire en esta glosa
Para que mi torpeza no la haga fatigosa.

La noche era mediada y la luna lucía
Alumbrando el camino al convoy que corría;
Era el tren la posada y era larga vía,
Dormido el peregrino soñaba y sonreía.

Estaba en Espoleto, llegó por el sendero
Que Dios en esta vida nos hace llevadero;
Entre las rosaledas que admira placentero,
En sol de primavera contempla al Jardinero:

Tiene un saco raído por ropa regalada,
Por corona su pelo en cabeza rapada,
En apacible rostro de santo la mirada
Y en su cuerpo señales de carne amortiguada.

De los pies y las manos se ocultaba llagado,
Una mancha de sangre llevaba en el costado;
Al peregrino invita, sin dejar su cuidado,
A buscar el recreo de aquel valle arbolado.

De humildad y pobreza, hermanas ideales,
Con amorosas lágrimas regaba los rosales.
¡Qué virtud extraña de esencias celestiales
Para curar los odios de las llagas sociales!

Pasionarias y lirios morados ofrendaban
Al Redentor la pena del color que llevaban
Y al mirar las heridas que de Jesús copiaban
Al santo Jardinero las suyas le sangraban.

Mostrándole violetas le decía humillado:
«Como estas mis hermanas también yo fui pisado;
No temas, peregrino, aquí no ser loado,
Jesús en cruz fué muerto, después resucitado.

(1) Poesía leída por el joven escritor montañés, Sr. Romero Raizábal, en la Asamblea celebrada en Santander por los PP. Capuchinos de Castilla.

La cruz es mi alegría, me embebe el sentimiento
de sufrir los dolores de Cristo en el tormento;
Cuando tales congojas dentro del alma siento
Con mayor gozo curo mi desfallecimiento,
Pobrecito de Cristo, yo nada poseía,
De la pobreza hice la gran apología,
El que a los pobres ama vivirá en alegría
Mitigando sus penas en esta triste vía.

Caídos en pobreza pagan con bendiciones,
Las manos que les alzan llenan de ricos dones
De salud, de contento, de paz y de perdones.
¡Qué riqueza atesoran estas buenas acciones!

No hay regla más segura ni de más alta ciencia
Que la de mi bendita Orden de Penitencia,
La caridad cristiana es su divina esencia,
Con ella ¿quién no aprende a vivir en paciencia?

A la riqueza sangra y la hinchazón le quita
Segándole la cola de vanidad que irrita,
Desbrava las pasiones de querencia maldita
Y aplasta la lujuria que a tantos precipita.

Por sobra de soberbias y falta de humildades
Descarga el mal la nube de sus calamidades.
¡Qué deleitosa vida la de estas cristiandades
Donde Dios nos regala su lluvia de bondades!»

Al oír este himno los pájaros cantores
A su redor volaban deshechos en amores,
Posados en sus hombros cantaban ruiseñores,
Y gozaban los cielos con aves y con flores.

Unas miró y les dijo: «Hermanas, bien lucís
Vuestra hermosura y gala en el valle de Asís;
En vuestro lustre veo bellas flores de lis,
La realeza que os diera mi terciario San Luis».

El santo Jardinero seguía en su candor:
«Peregrino de España, en pago del amor
Que a mi Cisneros tuvo, de este granado en flor
Dí a Isabel de Castilla la granada mejor.

Esta pomposa cepa ha sido trasplantada,
La traje de Rieti, allí fué despojada,
Sus racimos de uva dan cosecha doblada,
Nunca Dios niega el fruto a tierra bien labrada».

Un temeroso lobo se puso en el sendero,
Pavor dió al peregrino aquel animal fiero.
«No te asustes, hermano, de este mi compañero».
Y el lobo le seguía lo mismo que un cordero.

Dos tórtolas que llegan en vuelo divertido
En sus manos se posan, las mira complacido,
«A vosotras, les dice, libré compadecido».
Las tórtolas alegres volvieron a su nido.

Un halcón revolaba y círculos hacía
Sobre aquella cabeza de santo que veía.
«Dios te pague, le dijo, tu buena compañía,
Noble halcón, mi donado que me anuncias el día».

«Blando lecho estas zarzas me dieron esmeradas,
Las de las blancas rosas con manchas encarnadas;
No conocen espinas y si son trasplantadas
Se tornan sin la sangre, se vuelven espinadas.

Mi casta hermana agua en estos manantiales
Bebieron Lulio, Balmes y Alejandro de Hales;
Y poesía y belleza de puros ideales
Mi Dante y mi Murillo que no tienen rivales».

El sol ya descendido traspuso la montaña
Siguiendo en su caída la dirección de España,
El valle de la Umbría de anochecer se baña,
El Jardinero llega donde está su cabaña.

Es tan humilde y pobre que nunca se vió igual,
En el desnudo suelo asoma el peñascal,
Los muros son esteras, el techo es un zarzal
Con una cruz de palo como corona real.

En la capilla abierta que al lado se veía
Una campana tañe con dulce melodía;
Junto a una luz de aceite que las sombras movía
Arrodillóse el Santo y dijo: «*Ave, María*».

Rebulleron las aves en el árbol sombroso
Que enraiza en la Iglesia su tronco vigoroso,
La copa bien poblada meció majestuoso,
Y rumorosa el aura saludó al Religioso.

Devoto el peregrino descubre su cabeza,
Repite: «*Ave, María*» y la naturaleza
Desplegando sus galas en toda su belleza
La oración de la tarde con Fray Francisco reza.

Cerca escucha el murmullo que sale de una fuente,
La fragancia del valle ir aumentando siente.
¡Qué embriaguez para el alma! ¡Qué dulzura de ambiente!
¡Qué bien estaba al lado del santo Penitente!

Cuando hubo Fray Francisco finado su oración,
En celestiales gozos mostraba el corazón
Al peregrino, dándole su santa bendición
En una cruz de gracias y en bálsamo de unción:

«En esta mi capilla me entregó Dios la llave
De la ciencia del cielo, la que todo lo sabe.
Gozar como se goza aquí ya más no cabe,
¡Oh, Reina de los Angeles ¿quién hay que no te alabe?»

El que viene a esta hermosa capilla, que blanquea
Como pura azucena que la vista recrea,
Mi Madre de los cielos el perdón le granjea
Si llora arrepentido por pecador que sea.

Y este árbol de tres ramas que se eleva hasta el cielo
Da sombra en el estío y preserva del hielo;
En él mis hijos tienen su nido de consuelo,
En darle sabia y vida va todo mi desvelo.

Del valle de Espoleto es la más bella planta,
Atrae las bendiciones y el maleficio espanta,
De hacer feliz al hombre tiene la virtud santa
Allí tienes tu rama, anida en ella y canta».

Iluminóse el árbol de resplandor divino
Y volando a la rama... despertó el peregrino
Diciendo al encontrarse al fin de su destino:
¡En alas de este sueño qué suave es el camino!

Mariano ARENILLAS SAINZ.





EPIGRAFÍA SALMANTINA

(CONTINUACIÓN)

20. Esta lápida ha sido publicada por Gómez Moreno ¹, y después por mí ². En el segundo viaje ya no la he encontrado.

MAELA
SEVERI
F · AN XX
V · HSTTL

21. Mis amigos de Hinojosa me han mandado nuevos calcos de nuevas inscripciones. D. José Pata y D. Francisco Galante tomaron este negocio de la epigrafía con verdadero interés y desde aquí envío a los dos un voto de sinceras gracias. A ellos debo las cinco inscripciones siguientes:

ΑΡΑΝΑ
ΒΟΥΤΙ
F XX H
S S T T
L

Apana Bouti f(ilia) [annorum] XX h(ic) s(ita) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

Apana hija de Boucio de veinte años aquí yace. Séate la tierra leve.

¹ *Boletín de la Academia de la Historia*, Julio-Septiembre de 1904.

² Lugar citado, pág. 85.

Esta lápida se encuentra en las Chozas de la barca.

22. La siguiente se halla en la finca de Manuel Juanillo en la Malena = Magdalena.

OVINI
A AN
XV H S S
T T L

Ovinia an(norum) XV. H(ic) s(ita) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

Ovinia de quince años aquí yace. Séate la tierra leve.

Ovinia, de *ovis* = oveja, figura en el *Corpus* núm. 4.126, donde hay *Ovinia Corneliana*; también hay en el mismo número *Ovinius*.

23. Se halla en la propiedad de Manuel Juanillo, en la Magdalena.

/BVR
V//FI.
AN · LX
HSST · T · L

Abur(i)u(s)? Fi... an(norum) LX h(ic) s(itus) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

Aburio Fi... de sesenta años aquí yace. Séate la tierra ligera.

Aburius figura en el *Corpus* 3.669. Muchos sobrenombres hay que empiezan por Fi, como *Fidelis*, *Fidens*, *Fidius*, *Firmus*, etc. Emilio Hübner trae una inscripción, núm. 1.815, que tiene sólo Fi... y no se atreve a dar la lectura completa.

24. En la porción de los Picones, propiedad de D. Antonio Pata y D. Raimundo Gamito.

FRONTO
SILONIS
F · ANC
— XX ·
HIC · S
E · T · T · L

Fronto Silonis f(ilius) ann(or)um CXX · hic s(itus) e(st) [s(it)] t(ibi) t(erra) l(evis).

Frontón hijo de Silón de ciento veinte años aquí yace. Séate la tierra leve.

La F conserva esta forma F derivada del alfabeto cursivo y de la que no faltan ejemplares en los textos lapidarios sobre todo en las Galias y Germania. El palo horizontal de la T está separado del vertical. Las letras de las tres primeras líneas están menos cuidadas que las últimas y son más pequeñas. La última O de Fronto mide 34 milímetros y la última T de la sexta línea 70. Hay ligadura en la tercera línea entre la N y la C; del segundo palo vertical de la N arrancan dos rasgos curvos que traduzco por C, de donde resultan 120 años, caso de longevidad poco frecuente. Si no tuviese más que el rasgo inferior podría leerse L y 70 años que ya no extrañaría tanto. Si la letra en cuestión, unida a la N, se cerrase un poco más, podría leerse O, *an(n)o(rum)*, pero no cierra su círculo, como lo cierran las O de las primeras líneas; se asemeja en todo a la C de Hic. Vistos todos estos detalles, me parece la lectura más conforme con el calco la que expuse arriba.

Acudiendo a un error o distracción del lapidario, que hubiese puesto inadvertidamente el rasgo superior de la C, podría leerse LXX. Esto sería muy cómodo, pero el calco no dice eso.

25.

M V N
L V P E R C
T V R A I . F

Mun(atia?) Luperc(illa) Turai(ni) f(ilia).

Munacia Lupercila hija de Turaino.

Las terminaciones suplidas son probables nada más. Podría leerse *Munatius Lupercus*. Me manda la copia mi amigo don José Pata. La lápida se encuentra en casa de Candelas Florines, calle de las Heras, núm. 14.

26. Al SE. de Hinojosa, en el punto que llaman *La Carva*, junto a la carretera de Fregeneda, hay un gran trozo de granito duro y consistente, con la forma de un prisma triangular que termina por una moldura semejante a una cornisa. Lo considero como piedra terminal o mojón divisorio de propiedad. Hasta hace poco se hallaba colocado en su sitio, pero lo han destruído con un barreno por el afán de buscar tesoros, destruyendo al mismo tiempo la inscripción, que tenía por lo menos tres líneas; hoy no se ven más que dos; de la tercera sólo se ve el límite superior de las letras.

CLIMIINS ARRO
NIS · FARS · ARVIE



La N de la segunda línea no está clara, parece una C y una I; leo N fundándome para ello en Hübner, 2.735, donde se lee *Arronis*; la F no tiene más que un travesaño, que ocupa la parte media; el punto que se ve antes de la última palabra más bien parece un hoyo que un punto; el punto legítimo de esta inscripción es el que hay después de *Arronis*; esta circunstancia y el nombre del terreno me hacen creer que ese hoyo es el residuo de una C que aunque algo separada de la A siguiente, podría decir *Carvie*. La E última sólo tiene dos líneas horizontales, las de abajo. De todas estas letras hay modelos en los alfabetos latinos. Atendiendo a que la P y la F son tan semejantes que en muchos casos es difícil distinguirlas, leo y suplo

Clemens Arronis. Pars Carvie...

Clemente de Arrón. Porción de la Carvia...

También podría traducirse *porción* o *parte de campo...* haciendo femenino *arvus*. Carvia parece más natural y no falta el masculino *Carvius* (C.I.L.II. 4.970) de donde aquella forma podría derivarse. Resulta una amalgama, una escritura con dos clases de e, II y E, que delatan el siglo III en que desaparece la primera y se hace corriente la segunda.

27. En la misma orientación, un poco más al E. de Hinojosa, en el *Lanchal del Garaperal*, hay un sepulcro que mide 1,71 de largo, labrado en la roca; al pie hay otro sarcófago suelto, de piedra, que mide 1,95. En uno de los costados por la parte de afuera tiene una inscripción rarísima, quizá ibérica, que yo no sé interpretar y que ofrezco al estudio de los sabios. Este sarcófago está partido y pronto desaparecerá.

Al pie de estos sepulcros hay una peña que tiene una *cazoleta* grabada; también hay una peña redonda, más ancha que gruesa, que podrá pesar 1.500 kilos, sostenida y apoyada intencionadamente sobre otras piedras pequeñas; asoman también varias piedras hincadas de canto formando líneas paralelas de unos 20 metros de largo y tres de ancho con algunas divisiones. ¿Será algún cementerio prehistórico?

No sólo guarda Hinojosa recuerdos de las primeras edades

del mundo, como son las hachas neolíticas de que he hablado y los dólmenes de la *Nava del Rocío*¹; no sólo atesora riquezas arqueológicas de época romana a las orillas del Duero, sino que también figura en la edad media y moderna con gloriosa historia que sacará a luz el estudioso joven D. Emilio Galante.

Sea cual fuere el nombre y la gente que habitase en el hermoso rincón de las márgenes del Duero, Hinojosa es la heredera. Desde la Cabeza de San Pedro se trasladó esta denominación en el siglo XII a las inmediaciones del pueblo, donde al lado del castillo se levantó la ermita de San Pedro, de estilo románico que aún subsiste, aunque bastante deteriorada, y a San Pedro está dedicada la iglesia parroquial.

En estas caminatas y peregrinaciones, me acompañaron y me prestaron auxilios de todo género, mis buenos amigos don Manuel Silva, ya citado, y D. José Pata. Por ellos salen a luz estos epígrafes.

Y como "el peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas,, que dijo sabiamente D. Quijote, después de subir y bajar empinadas cuestas, atravesar barrancos y saltar muchas paredes, armados de cuaderno y lápiz, y papel para calcar las inscripciones; y después de levantar centenares de piedras por si tenían letras por abajo, empleando en estas operaciones desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, en amable compañía y con buen apetito, dimos saco a la merienda que D.^a Aurea, la esposa del Sr. Silva, con singular esmero nos tenía preparada.

CERRALBO

28. A la puerta de Antonio Sevillano hay una lápida con el letrero siguiente, que debo a la amabilidad de Anacleto Galache.

ATTA AN
LXXX · H · S ·
E · S · T · T · L ·

*Atta*² *an(norum)* LXXX *h(ic)* *s(ita)* *e(st)* *s(it)* *t(ibi)* *t(erra)* *l(evis)*.

¹ P. Morán, *Investigaciones de Arqueología...*

² Puede también ser masculino.

Atta de ochenta años de edad aquí yace. Séate la tierra ligera.

Atta, nombre latino y griego, análogos en significado y casi homófonos del eúskaro *aitá* ¹, significa padre y los niños por reverencia daban el nombre de *atta* a los ancianos. *Atta* figura en Hübner ².

29. En mi colección figura la siguiente, también traída de Cerralbo.

APRO
DITII · A
NN XX
HSTTL

Aprodite an(norum) XX h(ic) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

Afrodita de veinte años aquí yace. Séate la tierra leve.

En Vilches, partido judicial de La Carolina, aparece *Aprodisia* ³, *Aprodite*, *Aprodisia*, *Aphrodite*, son diversas modalidades del nombre de Venus.

Ambas lápidas con otras que han desaparecido, proceden de un sitio que llaman las Pocilgas, a dos kilómetros del pueblo, donde hay una gran extensión de tierras en que aparecen vestigios romanos ⁴.

30. En una casa que no pude averiguar de quién es, a la izquierda según se va para Lumbrales, hay una inscripción bastante deteriorada que dice:

IANVA
AMBAT
I ANN XXVI
STTL

Janua Ambati (filia) ann(or)um XXVI. S(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

Yanua hija de Ambato de veintiseis años aquí yace. Séate la tierra leve.

Mide 0,30 × 0,46 metros.

¹ F. Baráibar. *Inscripciones romanas de Alava y Burgos. Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XIV, pág. 89.

² *Corpus inscriptionum latinorum*, t. II, núms. 2.683 y 2.684.

³ P. Fita. *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XXXIX, pág. 401.

⁴ P. Morán. *Investigaciones acerca de Arqueología y Prehistoria en la región salmantina*, pág. 65.

31. Otra existe en casa de José Vicente Gómez, muy deteriorada, gastadas casi todas las letras. Esto sólo es lo que se puede leer:

////IA · MV
 ///////////////
 I S S T T L

Todas las inscripciones de Cerralbo, con algunas que se han llevado a Ciudad-Rodrigo, proceden de un sitio que llaman Las Pocilgas, donde hay vestigios de una gran población romana.

LAS UCES

32. Las Uces, cerca de Vitigudino, ha sido un pueblo rodeado de murallas desde la época ibero-romana; se ven aún los vestigios al SE. y en todo el resto se nota por donde pasaban.

Al N. del pueblo, que es lo más accesible, está lo que llaman *el castillo*, del que sólo queda el nombre; todo es tierra de labor. Al pie del castillo está lo que llaman el cementerio de los moros, donde han salido muchas lápidas romanas, algunas monedas del Imperio y una fíbula serpentiforme de unos 15 centímetros de largo. La fíbula y las monedas están en poder de Faustino Sánchez, vecino de Las Uces. Las lápidas han desaparecido casi todas, empleadas en edificaciones; otras ya no se leen por deterioradas y rotas. En casa de Bernardino Iglesias hay una que dice:

VARILI PO
 NTONIS AN
 LXX HSSTTL

Consagrado a los dioses manes de *Varilio Pontón de setenta años. Aquí yace. Séate la tierra leve.*

33. El citado Faustino me dió copia de otras que ha visto y que ya no se conservan; una doble.

ARVC AVI IS

34.

DMC	DMS
INIAVI	VACO
VSIA	VIA
AN	AN
XXXI	XIX

D(iis) m(anibus) Ciniaviusia an(norum) XXXI.

D(iis) m(anibus) s(acrum) Vacovia an(norum) XIX.

VALDERRODRIGO

35. En este pueblo hay una estela que procede de la fuente de la Mata, donde dicen que salen muchos cacharros.

AVDI////
MAGII////
IS AN LV
HIS · S T T L

Audi...? Magil(on)is an(norum) LV hi(c) s(itus) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

A los dioses manes *de Audilio?* Magilón. Aquí yace. Séate la tierra leve.

RETORTILLO

36. En los Baños de Retortillo se ha encontrado y existe allí un ara votiva dedicada a las aguas medicinales. Mide 0,80 metros de alta por 0,22 de ancha. La inscripción, que D. Juan González me ha mandado, dice así:

EACCVS
ALBINI · F
AQVIS · EL ·
ETESIBVS
VOTVM
· L · A · S ·

Eaccus Albini f(ilius) aquis eletesibus votum l(ibens) a(ni-mo) s(olvit).

Eaco hijo de Albino cumplió de buen grado el voto que había hecho de erigir una lápida a las aguas eletesas = eltesas = yeltesas = de Yeltes.

La fecha, por la puntuación arbitraria, indica el siglo II después de Jesucristo; del tiempo aproximadamente de Adriano o de los Antoninos en que abundan las lápidas de este estilo. (Véase el *Corpus I*, libro VI, 1.599 y VIII, 8.934).

Eaccus es el nombre del que puso o mandó poner la lápida, es también el nombre de la luna, diosa adorada por los celtíbe-

ros y figura en la mitología clásica como un semidiós hijo de Júpiter y de la ninfa Egina; se hizo célebre por la justicia con que gobernó, llegando a ser el favorito de los dioses y nombrado por ellos árbitro de sus cuestiones. Después de su muerte fué nombrado juez de los infiernos, custodia sus llaves y es el encargado de juzgar a los europeos, según Platón.

Los hombres tomaban el nombre de sus amos, de sus dioses y de sus héroes como hoy tomamos el de los Santos.

Eletesibus, nombre de las aguas medicinales que brotan en el cauce del río Yeltes, es una palabra que, por una serie de transformaciones, de refuerzos y de pérdida de elementos, ha dado naturalmente la palabra Yeltes.

En el mismo sitio se han encontrado varias monedas de bronce y parece que hasta algunas construcciones ciclópeas; prueba de la antigüedad en que se conocieron las aguas medicinales.

En las cercanías de los Baños hay un puente romano del que yo poseo una fotografía tomada por mi antiguo discípulo Julio Ibáñez.

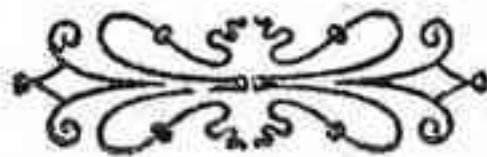
El P. Fita ¹ lee en la primera línea *Cornelius Accus* creyendo que el rasgo medio de la E es "punto de abreviatura y de separación, que un desliz del cincel exageró inadvertidamente".

P. César MORÁN,

Agustino.

(Continuará).

¹ *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo LXII, pág. 544.





UN LIBRO DE NUESTRO DIRECTOR

LA OVEJA PERDIDA. Auto Sacramental de Timoneda

INTRODUCCIÓN

I. Los autos sacramentales.—II. Juan de Timoneda: su vida y su obra.—III. «Sentido y enseñanzas» del auto «La oveja perdida».—IV. Glosario de voces desusadas o de difícil comprensión.—V. Epílogo bibliográfico.

Nuestra rica literatura nacional añade un quilate de muy subido valor con la típica manifestación del teatro sagrado que se conoce con el nombre de *Autos sacramentales*.

La cultura de nuestros lectores nos releva de la tarea disquisitoria de analizar las definiciones dadas; y basta señalar, que, como su título indica, son piezas dramáticas en un acto escritas en alabanza del misterio de la Eucaristía. Pues aunque se incluyen entre los autos sacramentales algunos cuyo asunto no es propiamente eucarístico, éste es el que les da carácter llamándose a todos sacramentales en atención a que se representaban el día del Corpus o aludían al Adorabilísimo Misterio.

Si se tratase de contadas muestras de esta clase de composiciones de literatura dramática, ya serían dignos de estudio teniendo en cuenta su carácter típicamente nacional; pero si además se considera que a lo original y netamente español de los Autos se une lo copioso, vario y exquisito de muchos, de tal manera que han merecido fervientes elogios de críticos españoles y extranjeros, se comprenderá bien la eficacia de su estudio y lo útil y deleitoso de su difusión entre las gentes.

Sin embargo, hay que lamentar esté aún por hacer este estudio de manera que satisfaga las cada vez más apremiantes exigencias de la erudición y de la crítica modernas. Es cierto

que los eruditos Schack y Wolf se inclinaron ante ellos como ante una cumbre estética, y Goethe y Wagner se inspiraron en las sublimes concepciones teológicas, filosóficas y místicas de nuestro teatro eucarístico; que en nuestra Patria han sido loados por las eruditas plumas de Pedroso y la muy autorizada de Menéndez Pelayo, amén de otros estudios apreciables.

Pero resta aún, repetimos, ofrecer un análisis completo de los autos sacramentales, estudiándolos en relación con la vida del pueblo español y a la luz de nuestra genial literatura ascética y mística, insospechadamente copiosa e interesante. ¿Pues no es bien presumible que estas manifestaciones del genio español, que, cronológicamente, no sólo acompañan sino que preceden a los autos, influyeran en ellos de modo notable? La precisión teológica, la erudición bíblica y su popularización, el multiforme y afortunado simbolismo de las farsas eucarísticas junto con la erudición profana a lo divino—valga la frase—¿no las aprenderían los poetas de autos sacramentales en las copiosas, emocionantes y edificantísimas páginas de nuestros escritores ascetas y místicos? Ojalá algún día pueda contestar con hechos positivos, comprobados, a esta pregunta.

Los autos sacramentales fueron verdaderamente populares. El pueblo español calaba hasta el meollo de la farsa eucarística: una trasfusión misteriosa de la teología al pueblo—las realidades nacionales más variadas y opuestas de los tiempos de los Austrias—y del pueblo a las ciencias sagradas, pasando por las intrincadas y laberínticas regiones de la dialéctica escolástica, se operó a la luz del sol español, de este nuestro sol que reverbera en las españolísimas custodias que con su beso brillan como brasas de oro.

Aunque el origen de los autos se confunda con el de nuestro teatro, sin embargo no se llega a su concreción artística como tales hasta los tiempos de los Austrias, principalmente durante los Felipes, que señalan el apogeo de esta clase de producciones, prohibidas—y ya desusadas—a poco de venir la dinastía francesa.

Es igualmente cierto que para el pueblo se escribieron los autos, *sermones en representable idea* que llevaron al carro de la farsa entre la alegría y bullicio de la plaza pública los aires encendidos que inflamaban las aulas de las Universidades, los claustros y los púlpitos de ardor intelectual por la ciencia teoló-

gica y escrituraria, y así era nuestra España como una gran Universidad y así nuestro pueblo que hablaba y escribía como Teresa de Jesús.

Hay que distinguir, no obstante, en los dos siglos de esplendor de los autos—el XVI y el XVII—que en el primero la devoción popular gustaba y comprendía mejor la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y aunque viven en esta época Santa Teresa de Jesús y el beato Juan de Rivera, santos verdaderamente modelos en devoción eucarística, no fué ésta enteramente popular como lo fué en el siglo XVII con el favor regio de los Felipes y el aparato barroco de las fiestas y procesión del Corpus, especialmente en Madrid, la corte española de los autos sacramentales.

Hasta los retablos de nuestras iglesias se transforman en el siglo XVII en virtud de esta devoción—aparte las sabidas direcciones del arte—supeditando todo adorno al ostensorio solemne de su Divina Majestad, imitando paños y doseles y repartiendo profusamente hojosos sarmientos y abultados racimos, símbolo netamente eucarístico, entre el fulgor de los fuerte dorados.

Esta evolución de la piedad española puede apreciarse en el mismo Timoneda y concretamente en sus autos, en que se recuerdan otros de *diversos y católicos autores* que ya veremos cómo trabajaba el erudito librero valenciano, que según recientes investigaciones de un estudioso paisano del famoso escritor, el Sr. Juliá Martínez, permiten llegar a la conclusión siguiente: "Timoneda marca la cronología de los autos, en una época en que difícilmente podía señalarse, pues todo auto no recordado—para no decir plagiado—en Timoneda, es posterior a él." Así para referirme a un ternario *La Oveja perdida, La Quinta Angustia* y *Los desposorios de Cristo*, el que más dentro está del gusto del siglo XVI es *La Quinta Angustia*; le sigue el más hermoso de todos, *La Oveja Perdida* y el tercero, *Los Desposorios de Cristo*, está ya dentro de la modalidad y de la factura del siglo XVII.

Todos ellos son del siglo XVI y algún original anterior; sin embargo, hay en los dos primeros un cierto sabor de ingenuidad, de primitivismo que los acerca más a los *misterios* medievales que a los autos de la época calderoniana hasta en no ser el primero eucarístico y el segundo en pequeña parte.

El favor popular de que gozaron los autos, hoy incompre-

dido, es algo que está, como ya dijimos poco ha, enteramente ligado a la vida y preocupaciones de nuestra patria en aquella época.

Es indudable que el pueblo tenía instrucción religiosa, pues hasta un analfabeto como el conquistador del Perú Francisco Pizarro ¹ hacía siempre *su sermón* a los indios exhortándoles a dejar sus falsos ídolos y abrazar la religión cristiana, de la que exponía los principales fundamentos y dogmas.

Y las mujeres de las más bajas capas sociales solían manejar la Biblia, cosa que a Santa Teresa no agradaba ver en las que aspiraban a la vida monástica; además de que los movimientos heterodoxos derivados del Renacimiento, agitaban hondamente las conciencias y eran la preocupación, no sólo de la cultura y de la vida española, sino de la cultura y de la vida europea. En estas condiciones, los autos, henchidos de doctrina teológica y bíblica, eran gustados y comprendidos sin las violencias de lo impuesto con un espíritu apologético o de teatro de tesis, lo que rebajaría extraordinariamente su importancia artística y social. No, no creo que los españoles tengamos que temer conclusiones pesimistas en este aspecto. La emoción, un como fervor ungido de muy reales y consoladoras esperanzas, surge nimbado de halos de gloria de los sabrosos, devotísimos y españolísimos autos sacramentales. Allí está Dios patente, en inmolación perpetua la Víctima sagrada, de cuyo amoroso costado abierto mana el prodigioso hontanar de aguas vivas que santifica nuestra dramática eucarística, que se nutre de ese inextinguible manantial tan bellísimamente representado por el pincel angélico de Van Eyck en su retablo del Cordero también llamado la Fontana Eucarística.

Y no fueron solamente los autos sacramentales cátedra abierta al pueblo para asentar la Teología en el hogar del menestral, como dijo con galana frase el inmortal polígrafo Menéndez Pelayo; sino que le ofrecieron bajo las mieles de un asequible simbolismo—el pastoral color, que diría Timoneda—lo más sabroso y consolador de ella, el Dogma amoroso y aquietador de las almas de la presencia real de Jesucristo en la Hostia consagrada. Y para escalar tan alta cumbre estética, aquellos excelsos y cristianísimos poetas apuraron todas las gamas de luz y de

¹ Quintana, «Vidas de los españoles célebres», t. I, p. 328 (Biblioteca Clásica).

color y armonizaron las más escandidas sinfonías y escogieron con alma enfebrecida de amores purísimos los dechados de la Ciencia y del Arte con la pompa barroca, tan española, de la erudición sagrada y profana, mas los aderezos pintorescamente populares de los vistosos carros, la complicada máquina de las *apariencias* calderonianas, las chocantes danzas, la música y el baile ingerido todo en el abigarrado, sofocante y jocundo ambiente de la procesión del Corpus en una mañana de primavera y bajo el sol español.

No era solamente regocijo y espectáculo lo que atraía a aquel público en torno de la farsa eucarística: era algo mucho más sublime y devoto. Era confesar a Cristo Sacramentado a la faz del mundo, cuando la herejía luterana entenebrecía las conciencias de los pueblos más cultos de Europa, en esta España luminosa y trágica, devota y pícara, pero profundamente religiosa, que sabía dar la sangre de sus misioneros y encendía el espíritu de aventura de los héroes para llevar la buena nueva allende los mares, *nunca antes navegados*; que confesaba a Cristo en la plaza pública y asistía con piedad y tumulto a presenciarse el castigo de los contumaces y renegados en los popularísimos *Autos de fe*, que hasta esa coincidencia curiosa de nombre tienen con las representaciones eucarísticas.

Réstanos decir, para terminar este ligero proemio, que hasta ahora, no obstante, dábamos a los *autos sacramentales* un valor meramente arqueológico. En el museo de la erudición literaria, eran una cosa típica, sabrosa a la lectura de los doctos, pero muerta, un vistoso ejemplar más, disecado entre los que forman la copiosa colección. Pero hace menos de un año, en Madrid y en Salamanca¹ —y dejádmelo decir, pues verdad obliga— en Salamanca sobre todo, en esta ciudad universitaria don-

¹ En Madrid se representó en el teatro Real el 31 de Mayo último el auto «Las bodas de España» con el aderezo de nuestro amigo Víctor Espinós «Del Retablo Eucarístico o un Corpus Viejo en Madrid». En Salamanca, y con ocasión de la solemnísimas Asamblea Eucarística, se representó en el magnífico patio de la Clerecía el día 9 de Junio último «La Oveja Perdida», por alumnos de la Facultad de Letras, dignos herederos de aquellos escolares que merecieron se recordase como una fecha notable la del año 1548, en que representaron la comedia «Locusta», de Mal-Lara; y en esta fiesta escuchamos, además, el verbo opulento del eximio académico Ricardo León, a quien presentó en castizas y galanas frases el Excmo. Sr. D. Luis Maldonado»...

de hasta las piedras son de carne, y el pasado, como un pulso potente, golpea nuestro corazón con fuerza irresistible, es donde ha resucitado en cuerpo y alma, levantándose de la huesa de los libros, cual nuevo Lázaro, palpitante y encendida en fervores eucarísticos, la farsa sacramental, ante un público doctísimo que, asombrado ante las bellezas de la nueva resucitada, lloraba de emoción y de alegría.

¡Qué prueba más convincente de la boga y favor de que gozaron los autos! Después de escuchar a Ricardo León aquel discurso sublime, custodia de elegancias que su pluma mañosa como dedos de Maestre Enrique de Arfe iba labrando para Joyel del Amor de los Amores, pisaron el humilde tablado de la farsa unos escolares, libres de toda preocupación histriónica, que con solas su cultura y emoción fueron presentando al doctísimo auditorio aquellas escenas tiernísimas, fecundas de enseñanzas para rumiadas con todo vagar; el encanto y donosura del símil tan llanamente sostenido en todo el *auto* y aquella emoción más que religiosa con que el sacerdote que representaba a la sagrada persona del Buen Pastor ofrecía a Pedro las manos llagadas, con abandono de víctima y de amor, como manos que tienen a Dios cada día y por eso son santas, unguadas, de bendición... Y la representación era, por un milagro del genio, predicación y arte en fusión tan íntima, tan sublime, que el público embelesado y poseído de entusiasmo pocas veces sentido, hubiera querido aplaudir cada verso, cada palabra si el miedo a romper el hilo de perlas de cristianísimo y galano decir no lo hiciera permanecer mudo como fuera de sí... Y esto no lo digo yo... lo dicen y redicen los cinco mil espectadores que no olvidarán jamás aquella fiesta.

Y es que cuando se saben representar los *autos*, con toda propiedad en indumento ¹, música y simplicidad escénica, interesan y conmueven aun a públicos a tales espectáculos desacostumbrados, pero no incapaces de gustar lo que por igual privilegio que el fermentado zumo de los viduños, es más regalado cuanto más viejo.

* * *

¹ El erudito Profesor de Indumentaria del Conservatorio, Sr. Comba, hizo los dibujos coloreados, que sirvieron a Peris, el maestro sastre del Teatro Real, para hacer los trajes que vistieron los intérpretes de «La oveja perdida».

Fué Juan de Timoneda natural de Valencia, ciudad que tiene muy prestigiosa historia cultural y artística. Alcanzó una fecunda longevidad, pues aunque su biografía es mal conocida hay ya referencias de Timoneda en *Libro de la Tasha Real* 1547, donde aparece incluido en esta forma: "Joan timoneda librer o lim assaonador (zurrador de pieles.) VIII s., y murió en el año 1583. Noticia aquella curiosa que inserta Serrano Morales (1), que nos da a conocer el primer oficio de Timoneda que luego cambió, siguiendo sus aficiones literarias, por la profesión de librero que conservó durante toda su vida, alternando con la especulación sobre telas de seda; y que revela además, como muy presumible, una autoformación literaria, digna de tener en cuenta por la crítica.

Que fué *librero* consta por multitud de datos, escrituras, su testamento, etc., etc., pero no que fuera impresor. Serrano Morales afirma que no hay documento que revele tal profesión, aunque varios escritores lo afirmen y el mismo Cervantes lo consigne en dos ocasiones. Una en la comedia *Los Baños de Argel*, jornada 3.^a y otra en el *Viaje del Parnaso*, cap. VIII.

Si no consta, documentalmente al menos, que tuviese jamás *prentas*, y que en tal sentido alcanzara el mérito de lanzar al público las comedias de Lope de Rueda como dice el Príncipe de los Ingenios, en cambio como vendedor de libros merece bien nuestro aprecio, pues no fué un mero industrial o traficante, sino que los amó tanto, que al entrar en su bien surtida librería los leía con afán, cuando no los aprovechaba lindamente para sus amenas e interesantes producciones, salvando del olvido unas veces y perfeccionando otras, multitud de hojas volanderas y pliegos sueltos que a su trastienda llegaban y que de ella salían remozados y tan gentilmente ataviados, que no los conociera el mismo padre que los engendró. Y este es el delito de Timoneda, el gran delito que nos haría salir gritando como los avaros de comedia en busca de su dinero ¡ladrones, ladrones! Pero como dice muy bien a este propósito el P. Olmedo (2) trayendo a cuen-

(1) *Diccionario de las Imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del Arte tipográfico hasta el año 1868*, por José Enrique Serrano y Morales.

(2) P. Félix G. Olmedo. Un nuevo ternario sacramental de Timoneda, *Razón y Fe*, p. 282, t. 47, Enero-Abril, 1917.

to una oportuna cita de Ventura de la Vega, si en Literatura es malo *robar*, no lo es en cambio cuando va seguido de asesinato. Y por éste, si no muy honroso, meritorio proceder, contribuyó Timoneda, al igual que otro ilustre librero valenciano, el famoso Mariano Cabrerizo, a renovar el estragado gusto literario, aficionando a las gentes a nuevos, sabrosos y honestos libros, unos de puro viejos olvidados y otros que como bienes valdíos andaban rodando sin padre conocido.

Además, que por los Autos de Timoneda puede establecerse la cronología de los Autos sacramentales, anónimos y copiosos del siglo XVI, como ya hemos manifestado.

He aquí cómo reconstruye la manera de trabajar Timoneda un jesuíta ilustre, el P. Olmedo, ya citado, a quien se debe el descubrimiento de un nuevo ternario sacramental de Juan de Timoneda: "Allí le vemos (en la trastienda de su librería) día y noche sentado delante de una gran mesa abarrotada de libros y papeles viejos, manejando, ora la pluma, ora las tijeras; anotando, añadiendo, apostillando pliegos y hojas sueltas de varios tamaños y colores, con los cuales forma finalmente, un libro, *en el cual se contiene diversos y graciosos cuentos o afables dichos y muy sentenciosos—El Sobremesa y alivio de Caminantes—; o Comedias y Farças muy elegantes, con muchos entremeses y pasos apasibles—las Comedias y farsas contenidas en La Turiana—; o graciosas marañas y delicadas invenciones para saber las contar al discreto relatador—El Patrañuelo—; o buscaba entre sus papeles y lacería otros compuestos y copilados de muchos y diversos y católicos autores—los Autos sacramentales,*" Y un crítico extranjero, Enrique Merimeé, autor del interesantísimo libro *L' Art dramatique a Valentia*, página 157, dice más. Para Merimée, tanto las *Colecciones de Cuentos* como *Las tres Comedias* y los *Autos sacramentales*, oscilan entre el plagio y la originalidad. Pero esperemos que la crítica sabia dé su fallo definitivo en este pleito.

Entre tanto, y a fuer de bien pensados, hemos de reconocer en Timoneda un gusto exquisito y un habilísimo refundidor que mejora cuanto toca y rehace junto con el temple armónico de su estilo y la frescura y lozanía de sus versos repartidos en hojas volanderas, en los romances, en las cuatro *Rosas—Rosa de Amores, Rosa Española, Rosa Gentil y Rosa Real—y el Sarao de Amor.*

Además, fuese por instigación del beato Juan de Rivera, Arzobispo de Valencia, fundador del Colegio de Corpus Christi, discípulo de la Universidad de Salamanca, casi su colaborador como quiere Merimée, o por propio impulso, es lo cierto que Timoneda purificó con sus devotísimos *Autos sacramentales* el ambiente de sensualidad que se respiraba en la ciudad del Turía, donde pocos años antes se habían publicado los libros más obscenos de nuestra literatura y reformó el gusto de un público de viciosa elegancia y no poco hostil a Castilla, que tuvo providencial castigo en las turbulentas guerras *de las germanías*.

Si mereció Timoneda ser recordado varias veces por el Príncipe de los Ingenios españoles, el inmortal Cervantes, no menos debemos nosotros recordarle, ya que el buen librero supo triunfar de leyes durísimas y exigencias del vivir a que su industria le impelía, saliendo limpio en su honra y logrando después de una larga y fecunda vida morir cristianamente, y ser sepultado, por su expresa voluntad, en *lo vas dels pobres* de la parroquia del glorioso San Juan del Mercado de la ínclita ciudad levantina.

* * *

El *asunto* de *La oveja perdida*, como este título lo da a entender, es la conocida parábola evangélica, según la narra San Lucas en el capítulo XV, versículo 4 (1), una de las que mejor, sino la mejor de todas, que revela el inmenso amor del dulcísimo Jesús a los hombres, y bajo la alegoría tierna y delicada, "el pastoral color", que diría Timoneda, se encubren, entre otras, estas hermosas enseñanzas teológicas. Ante todo parece revelarnos el plan admirable y amorosísimo de nuestra redención y reparación, ya que, como dice Timoneda en el *Introito* al pueblo (2) esta tal moralidad—la parábola—tiene diversos sen-

(1) Quis ex vobis homo, qui habet centum oves: et si perdiderit vnam ex illis, nonne dimittit nonagintanouen in deserto, et vadit ad illam quae perierat, donec inueniat eam? Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens: et veniens domum convocat, amicos et vicinos, dicens illis: Congratulamini mihi, quia inveni ouen meam, quae perierat?

(2) Encarecemos al lector la importancia de este *Introito* para penetrar el sentido del Auto. Bien meditado y bellísimamente expuesto, sería suficiente para su comprensión a gentes cultas y acostumbradas a estos estudios. Porque no todas tienen esa preparación, es por lo que ampliamos y aclaramos algunos conceptos.

tidos: *primero, la humanidad; después, la gentilidad*. Por lo tanto, puede entenderse el celo del Buen Pastor así para la humanidad en general como para la gentilidad o alma pecadora en particular. En los relatos extensos de Cristo, quiere aludir Timoneda a la obra redentora del género humano, y en lo que es propiamente la trama y vida escénica del auto al pecador en particular; así nos revela también que el hombre está dotado de libertad para decidirse en favor del bien o del mal; que Dios no oye la oración salida sólo de los labios, sino la que brota del corazón; que el pecador, oveja descarriada, puede *voluntariamente* volver al redil amoroso si llama a Cristo, el amorosísimo Pastor, que enviará su gracia para levantarlo; los sacramentos para purificarlo y especialmente le dará el sabrosísimo Pan eucarístico para fortalecerlo y que no desmaye en el camino de la virtud y de la perfección cristianas.

Otras sutiles y delicadísimas enseñanzas se desprenden de *La oveja perdida*, Auto el más bello de Timoneda y el que mejor conserva la fragancia y dulzura y un a modo de sabor de *primitivismo* e ingenuidad que nos hace pensar en un original viejo de la época más serena y bella de nuestros escritores de la primera mitad del siglo XVI. Que el lector atento las vaya descubriendo y gustando y no manchemos con nuestros dedos toscos el irisado e impalpable polvillo luminoso de las vistosas alas de tan linda crisálida.

Apenas hay en este Auto complicación escénica, es el parlamento, la exposición plena de sentido y de emoción la que subyugará a cada estrofa, en cada verso, en cada palabra... Esta misma simplicidad dramática lo realza y encumbra y así el sentido, no por asequible, es menos elevado y tamizado de sutiles y discretísimas glosas.

Cinco son nada más los interlocutores del Auto: Pedro, pastor; Angel Miguel, pastor; Cristóbal—alguna vez llamado expresamente Cristo—pastor; Angel Custodio, pastor; El Apetito, pastor...

Veamos ahora cómo se desenvuelve la acción. Comienza el Auto entrando el Angel Custodio con una oveja y mientras paca canta estas rústicas y bellas coplas:

Pasced a vuestro solaz
la mi ovejica,
pues sois bonica.

Pasced a vuestro solaz
 en la majada;
 Catad que no comaz
 cosa vedada,
 cosa no usada,
 grande ni chica,
 pues sois bonica.

Pero la oveja adivina bien pronto los prados gustosos y vedados y así la quiere *sosacar* el Apetito mostrándole trocitos de pan tierno y sabroso:

¡Rita, rita! ¡Urricá!
 ¿A do vas? ¡oye, perdida!
 ¡Vuelve, concas! ¿Vaste ya?
 no te arriedres más allá:
 haz hacia mí tu manida.

.....

A lo que replica el Custodio:

¿Sacáis la oveja del hatu
 hijo de tal, sosacón?
 ¡Yo lo barruntaba ha rato!
 juri a mí si os la rebato
 que os la frita, don ladrón.

Queda entablada la guerra entre el Apetito y el Custodio y al fin la oveja va tras el placer vedado, presa de los engaños y ficciones del perverso apetito y engolosinada con sus ponzoñosos deleites.

Ocupa el interesante pugilato hasta el verso 275.

Y cuando el Custodio está lamentando la desobediencia de la oveja llega el mensajero divino, el Angel Miguel, quien pregunta:

MIGUEL. ¡Ah Custodio, zagalejo!
 ¿Qué es de la oveja?

CUSTODIO.¡Perdida!
 No me muestres sobrecejo,
 que, dándole buen consejo,
 no sé por donde es ida.

MIGUEL. Dí, zagal, ¿por do has andado
 a buscar aquesta res?
 ¿Buscástela en lo vedado?

CUSTODIO. Pienso que allá se habrá entrado.

MIGUEL. Movamos presto los pies.

Pónense inmediatamente Miguel y Custodio a buscar por los alrededores y recorren el primer prado, que es la soberbia.

CUSTODIO. Primo el *Monte altivo* es
don ha pisado y hecho daño.

MIGUEL. Míralo, Custodio, pues,
que en él se perdió la res
primera (1), si no me engaño.

De éste pasan al segundo, la codicia de riqueza:

Llotro *cobdicioso prado*
que está de espinas sembrado,
venidas del gran Perú...

De aquí van al tercero, los deleites carnales:

Que llaman *del Carnicero*,
do regostado el cordero
se pierde, y el más sabihondo...

Llegan al cuarto, la ira:

Este es el *Ejido Airado*
mira bien con tus miradas.

Recorren el quinto, la gula:

El quinto prado verás
llamado de la *Golosa*;
mira delante y atrás;
porque su rastro hallarás
entre la yerba sabrosa.

Visitan el sexto prado, la envidia:

Mira si ha entrado en la suerte
que es *Pesar del bien ajeno*,
que por ella entró la muerte
en el mundo.....

Por el pecado de envidia entró efectivamente la muerte en el mundo. Así se lee en el libro de la Sabiduría, cap. 2, versículo 24: *invidia autem diaboli mors introiuit in orbem terrarum*,

(1) Alude a la rebelión angélica.

por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, puesto que por él fueron inducidos a pecar nuestros padres y por el pecado perdieron el estado de gracia y merecieron ser expulsados del Paraíso con el anatema de su delito, del que había de participar todo el humano linaje (1) con la sola excepción de la Virgen santísima, concebida sin pecado original, y cerredentora con el Verbo en el Remedio de la humanidad prevaricadora. Dogma capital de nuestra religión es por lo tanto el de la prevaricación primera o pecado original que no puede separarse de este otro no menos tremendo de la herencia de muerte que por aquél recibimos. Y así a la muerte vencerá la muerte por la obra redentora del Verbo sufriendo martirio de cruz y cargando sobre sus espaldas santísimas todos los pecados de los hombres. Este es el nudo, el nervio y la justificación de todos los desvelos del amorosísimo Pastor de las almas.

Y por fin llegan al séptimo y último prado, la pereza:

Finalmente, mira el soto
que llaman de *Menga Pérez*.

Después de otear por estos prados, escalas graduadas que sigue el alma en el camino de perdición, desalentados se despiden diciendo:

CUSTODIO. Tira por esa cañada,
yo por este quebrajal;
y, hallada o no hallada,
acude en esta majada.
MIGUEL. Muy bien has dicho, zagal.

Y en la selva abandonada y triste aparece Cristo (verso 426), dicho Cristóbal Pascual, en figura de pastor. Sudoroso, jadeante, cubierto de polvo de los caminos, rotos y sucios los vestidos, heridos los pies y manos benditísimos, llega Cristóbal Pascual buscando sin descanso la res perdida. La llama con los silbos amorosos de la caridad, quiere enternecerla con el relato de sus afanes, una y mil veces la recuerda que ya pasó la *anconía*:

Vuelve, oveja, ya: ¿qué esperas?
no tengas vueltas esquivas,

(1) Propterea sicut per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccauerunt.—San Pablo. *A los Romanos*, c. V, vers. 12.

porque te digo de veras
que yo no quiero que mueras
sino que vuelvas y vivas.

Entramos ya de lleno en el desarrollo de la acción del Auto y después de Cristóbal, llega Pedro, que ha de representar al Príncipe de la Iglesia, que sostiene con su Divino Fundador un diálogo bellísimo, durante el cual Cristóbal, en alegoría pastoril, expone toda la obra de la Redención y nombra a Pedro mayoral de su ganado (verso 635), símbolo clarísimo de la institución de la Iglesia y del Pontificado, dándole poder de atar y desatar—absolver o condenar—y haciéndole dispensador de todos sus tesoros, que son los Sacramentos (versos 656-665).

Se habrá preguntado el lector: ¿cuándo y cómo el pastor Cristóbal deja entender que viste la divina persona de Cristo? Bellísima y de honda emoción es la escena en que como tal se revela. El mayoral Cristóbal acaba de fiar a Pedro la guarda del ganado. Pedro pregunta cuántas veces buscará a la res que se perdiere y Cristóbal replica que cuantas veces sea necesario, a lo que contesta Pedro:

Hasta siete perdonalla
me parece por entero;
si se va después buscalla
y al cabo, al cabo, entregalla
o vendella al carnicero.
No queriendo andar conmigo,
¡Mia fee, ande el gañibete!

Y es entonces cuando el *mayoral garrido* pronuncia estas palabras que hacen caer de rodillas a Pedro:

CRISTÓBAL. Que la perdones, te digo,
si quieres ser mi amigo,
las setenta veces siete.
¡Oh, si tú, Pedro, oteases
cuanto la oveja costó,
soncas, que tal no hablastes;
antes tú la perdonases,
como la perdono yo!
No seas desamorado
con las ovejas malinas,
pues, por quitar su cuidado,
me entré por zarzas y espinas,

do salí bien rascañado.
Mira, Pedro, las señales.

Y el buen Pedro, al mostrarle Cristóbal sus llagas, cae de rodillas reconociendo a Cristo y exclama:

¡Cuán vivas están y finas!
¡Oh, qué rascaños mortales!
¡Oh, qué crueles zarzales!
¡Qué penetrantes espinas!

Después el divino mayoral sigue explicando su doctrina acerca de la misericordia que ha de usar con el pecador. Así, replica Cristóbal a Pedro dándole una lección soberana sobre el libre albedrío de que el hombre está dotado (versos 893-907).

A la terminación de este diálogo se hallan ya presentes el Custodio y Miguel, y todos, presididos por Cristo, se dedican a buscar la oveja perdida.

Y es Miguel, el Arcángel de este nombre, que simboliza la voz de la Iglesia por ser el que llevó la voz del Padre a los pecadores Adam y Eva al expulsarlos del Paraíso, el que ahora oye el balido de la oveja deseada, diciendo:

Yo la oigo desde aquí.

Por fin el *Custodio* halla la oveja y grita lleno de alegría:

CUSTODIO. ¡Oh mi oveja! ¿qué es de tí?
¡Veisla aquí, do está metida!

PEDRO. ¡Oh, qué fuerte cenagal!
Sácala, Custodio, fuera.

CUSTODIO. Llegue Cristóbal Pascual,
que según tiene de mal,
su potencia es valedera.

Y llega Cristóbal Pascual con el divino remedio. El pecador, con voz salida del corazón, no de los labios, llama a Cristo y Cristo le envía su gracia para que se levante del cieno de la culpa; el Sacramento de la Penitencia para lavar su alma y el de la Eucaristía para fortalecerla en la virtud, viático para los caminos de la eternidad. Guste el lector las mieles de la alegoría tierna y delicada, plena de enseñanzas teológicas (versos 938-962).

Y al ver el Buen Pastor tan limpia a su oveja, ¡qué transportes de júbilo por haberla hallado y qué amorosamente la recibe! (versos 968 al 987).

Y con esta bellísima y muy expresiva canción del *Custodio* finaliza el Auto:

Que debajo del sayal pascual
 Que debajo del sayal hay al.
 Hay, zagales. si habéis mientes,
 Bajo destes accidentes,
 El Vático de gentes
 Y la gloria celestial.
 Que debajo del sayal pascual,
 Que debajo del sayal hay al.
 Hay el que siempre convida
 Y él mismo se da en comida,
 Por darnos, de muerte, vida
 En su reino celestial.
 Que debajo del sayal pascual,
 Que debajo del sayal hay al.

Advirtamos, finalmente, un detalle delicado. Cristóbal Pascual y Cristo, que son una misma persona, que representa la sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo, llámase Cristóbal Pascual siempre que actúa de mayoral del ganado, y es nombrado, en cambio, Cristo, en dos ocasiones; la primera cuando dice:

Vamos a buscar, zagales,
 sin demostrar ningún odio.

O sea, cuando hace de inspirador de la gracia y significa el celo y la caridad del Señor por la salvación de las almas; y la segunda cuando alude al Santísimo Sacramento de la Eucaristía:

Porque está algo desmayada
 Dale, Pedro, de mi pan.

.....

Annoio GARCÍA BOIZA.

ALGUNOS JUICIOS EMITIDOS
: ACERCA DE ESTE LIBRO :

“NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LA OVEJA PERDIDA. Auto sacramental de *Juan de Timoneda*, representado en Salamanca el día 9 de Junio de 1920, con ocasión de la solemnísimas Asamblea Eucarística. Publicalo con introducción, notas y glosario, el *doctor D. Antonio García Boiza*, Profesor de la Univerisdad de Salamanca, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

He aquí un libro ejemplar desde la cabeza hasta el colofón. Bello y clásico en la presentación y en el contenido, sobrio de ornato, selecto y elegante en todo.

Fué una sorpresa para todos aquella presentación ideal del auto de Timoneda: para quienes lo desconocían, fué sorpresa la maravillosa epifanía de aquel género sacro y pastoril, de aquellas escenas que *debajo del sayal* encubrían tales tesoros de ciencia sagrada, poesía y delicadeza; para los que sólo de leídas lo conocían, fué sorprendente aquella evocación tan pura y sincera, sin histrionismos ni aparato, pero con tan hondo sentir y tan portentosa encarnación de tiempos y personas sobrehumanas: y aun para los mismos actores y los que con toda el alma y singular cariño laboraron por realización tan primorosa, fué sorpresa sin duda, el ver cómo la muchedumbre acogía con amor sus dichos, se interesaba en sus diálogos, vibraba su sentimiento al unísono con las *personas* de la parábola y hasta a veces respetuosa, veneraba en silencio—el silencio elocuente—las soberanas escenas, y religiosamente las meditaba, sentía y admiraba.

Horas tan venturosas, bien merecían un recuerdo que las conmemorase: y, pues dijo el filósofo que el bien es de suyo difusivo, nuestro admirado amigo D. Antonio García Boiza se ha esforzado y creo que con éxito pleno, en que aun aquellos que no tuvieron la fortuna de escucharlo en la ocasión memorable, ahora conducidos por sus explicaciones, glosas y sugeridoras insinuaciones, logren gozar lo más plenamente posible de las delicias espirituales y literarias que el *Auto* encierra.

Para ello ha formado un libro con exquisiteces de bibliófilo: el viejo grabado que lo encabeza, los góticos caracteres y adornos de la portada, el mismo papel selecto, la redacción de los títulos y el clásico colofón:—*¡Acabóse de imprimir...!*—

¡Si ya sólo se desea la *Taffa* en la que el Consejo Real señale los tantos maravedís por pliego, para pensar que es obra de algún mercader de allá por la calle de *Libreros*, hoy tan malhadadamente rebautizada!



Q "La Oveja Perdida,, Auto
 Sacramental de Juan de Lino//
 neda, representado en Salamanca el día 9
 de Junio de 1920, con ocasión de la so//
 lemnísima Asamblea Eucarística.
 Publicalo, con una introducción, notas y glo//
 sario, el Dr. D. Antonio García
 Boíza, Profesor de la Universidad de
 Salamanca, Correspondiente de la Real
 Academia de la Historia.

¡Bien se lo merece todo el buen Timoneda, que al fin es también del oficio!

En los diferentes párrafos de la introducción se enseña qué eran los Autos sacramentales, quién fué y qué hizo Timoneda, qué sentido y enseñanzas encierra *La Oveja perdida*, se aclaran las voces pastoriles, o en desuso, y se enumeran las obras que con más provecho se han consultado.

Boiza con su prosa exquisita, de más rancio sabor en esta ocasión, muy en armonía con el espíritu y tiempo de la joya peregrina a la que sirve de rico engarce, nos va narrando amena y eruditamente, cuanto cree provechoso para internarnos en las profundidades de la parábola evangélica y su poética amplificación.

Con ser copioso el caudal de noticias y apreciaciones que por sus páginas va derramando, ha tenido el gran acierto de la selección y amenidad, abandonando—bien saben los que en parecidos menesteres se ocupan, con cuánto sacrificio—muchas citas y autoridades, que le podrían acreditar más de sabio, pero a costa de la amenidad, el interés y el agrado.

Que no es pequeño mérito en estos casos evitar la aridez o el fárrago.

Algo hay que no es de Boiza ni de Timoneda y cuya inserción ha sido también un señalado acierto: es aquel delicioso *Introito* que tan bien avenido con el espíritu de Timoneda, compuso otro admirado y común amigo D. Mariano Arenillas, para la representación magnífica del patio de la Clerecía.

La fabla vieja salpicada de modernas alusiones y donde van derramando su dulce resplandor como estrellas del crepúsculo, pensamientos y palabras de Timoneda, recuerdos de la Salamanca que fué, saludos cortesanos y piadosas consideraciones, esa fabla noble y graciosa ha sido manejada en esta ocasión con singular maestría, y con todo el encanto que le comunica una alma buena y poética.

Las breves notas que acompañan al texto son las más de las veces filológicas o escriturísticas. Se señalan acertadamente los más culminantes pasajes evangélicos que el autor introduce o glosa; muchos más aún podían haberse señalado, pues todo el Auto es como un mosaico de pensamientos bíblicos; pero no colocados con el violento artificio de quien hace una obra de taracea o embutido, sino con la espontaneidad del que teniendo el alma llena de sentimientos aprendidos en los sagrados textos, los va derramando naturalmente y aparecen con la espontaneidad con que en la primavera aparecen sembrados de amapolas los trigales.

Para el autor de tan hermoso libro, nuestros plácemes; para nuestros lectores, la recomendación más entusiasta.—*Nogara*.

(De *La Gaceta Regional*).

“BIBLIOGRAFÍA SALMANTINA

LA OVEJA PERDIDA. Auto sacramental de *Juan de Timoneda*.—Introducción, notas y glosario, por el *Dr. D. Antonio García Boiza*.

Uno de los mayores encantos de estas ciudades viejas, patinadas por el beso de cien soles, es la aureola de tradición, el ambiente sugestivo y evocador de los tiempos pretéritos que a poco esfuerzo resucitan con vida y sangre como un espectáculo real, al conjuro de una invocación del erudito que convive con ellos dialogando entre los pergaminos viejos, a la sombra apacible de los claustros, con su silencio de majestad.

Y el respirar frecuentemente estos aires de pureza sana, tonifica el espíritu y pone en nuestros nervios una sensación de frescura en que nos refugiamos, con sed de paz, mirándonos en la linfa clara de los clásicos, diáfanos y amenos como un remanso de quietud, a cuya orilla se duerme el alma y sueña.

Así uno de los aciertos mayores y memorables de la Asamblea eucarística de Salamanca, fué el reconstituir con propiedad un cuadro de época salmantina—la mayor cumbre española—con la representación del Auto sacramental de Juan de Timoneda *La Oveja perdida*, como la fiesta más grata y flor más preciada que ofrecer al Augustísimo Misterio en aquella guirnalda de corazones, en aquel himno grandioso de fe robusta del pueblo de Salamanca.

Para que quede indeleble testimonio de aquel acto piadoso, ha levantado un acta hermosa, polícroma de sabor y vida, el Dr. D. Antonio García Boiza, al publicar aquella pieza dramática, a la que ha puesto un prólogo de oro y cristal—tal es la riqueza y transparencia de la Introducción—y recamado con las notas aclarativas que siguen a lo largo del texto, como guías fieles y sabios.

La literatura española tiene en su vergel envidiado y florecido este rincón original y magnífico de los Autos sacramentales, que no han anidado bajo otros cielos ni penetrado en otros pechos, ni representados en otros ambientes que en aquel marco de hidalguía, de arte, de grandiosidad, del pueblo español, creciendo pujantes al sol esplendoroso de nuestras creencias arraigadas.

La fe que en aquel siglo era la espada invencible del espíritu español, no cabía ya en las encendidas páginas de nuestros místicos y ascetas, ni en la vida ejemplar de nuestros santos, sino que vestía las galas del arte para recoger al pueblo y unirle en el más popular de los festejos de entonces.

¡Qué hermoso poder de evocación tienen las páginas—sustanciosas y apretadas—del Sr. Boiza! Se ven pasar a través de ellas las magníficas procesiones del día del Corpus, el centelleo de las custodias, maravillas de orfebres, al beso de nuestra luz meri-

dional, el engarce de color y maravilla de un pueblo rey que hasta oraba a Dios, y llenaba su corazón de fe con las distracciones teatrales de los Autos sacramentales.

El Dr. García Boiza, laureado de la Academia de la Historia y de la de Bellas Artes, ha sabido fundir en brillante aligación la certeza y la honradez de sus investigaciones literarias, con un sentido de depurada estética, fina y sencilla, vistiendo con un ropaje luminoso y límpido, deleitable y profundo, el espíritu vivo de un cuadro de época.

Nos lleva de la mano a aquellos días del siglo XVI—mañanas de primaveras, bajo el sol español—y convierte su pluma en pincel cargado de color que dibuja con seguridad firme y rectilínea el espíritu público y popular de nuestros antepasados en la fiesta más hermosa de la cristiandad.

Reconstituye después con profusión de noticias, la vida de Juan de Timoneda, el zurrador de pieles valenciano, que cinceló con tanta maestría retablos literarios tan maravillosos como sus Autos sacramentales, de los que es más apreciado por los doctos *La Oveja perdida*.

No necesitamos reproducir aquí el argumento del Auto, aunque bien merece la pena antes de leerlo, documentarse con la exposición que de él hace el Dr. Boiza, para bucear con acierto en el hondo simbolismo que lo inspira, exposición que es un camino llano y ameno, limpio y sabio para llegar al rincón sosegado y placentero en que se saborean las bellezas del Auto.

A fuer de hombre de íntimo y grande trato con aquellos hombres, el Sr. Boiza glosa pacientemente el estilo de la obra y con la explicación de los términos arcaicos y pintorescos, altamente expresivos, es un intérprete feliz de su lenguaje, hasta el punto de que leer el Auto sin su marginación y glosario, es andar en tinieblas por parajes tan bellos.

Para los que gustamos de la paz tranquila de estas fontanas de la Historia, es un sedante el recuerdo que nos talla el señor García Boiza, en el libro que ha publicado con el Auto, el bello introito de D. Mariano Arenillas, la reconstitución de la representación del día 9 de Junio de 1920 y aquel conjunto imborrable de grandiosidad, ya imposible de igualar en fiestas análogas.

Cuantos asistieron al patio de la Clerecía en aquella noche salmantina, sentirán renacer el encanto de aquel cuadro de colorido majestuoso; para los que no asistieron, el Sr. García Boiza les proporciona, con su estilo enfervorizado y evocador, motivo de saborear igual deleite.

Si como una estrofa sonora y sublime de nuestra devoción al Divino Sacramento vibró la fiesta inolvidable un pomo de aromas exquisitos, joyel de dignidad y encanto, ha labrado el Sr. García Boiza con dar a la stampa la preciosa publicación bibliográfica, hecha con el esmero de un devoto de la Fe, del Arte y de Salamanca, que es el autor de tan feliz iniciativa.

Y en la parte tipográfica, Manuel Pérez Criado ha sabido poner también un destello de maestría que no es el menor encanto de los que avalora el libro.—*Miguel G. Lago*.

(De *El Adelanto*).

* * *

“UN NUEVO LIBRO SOBRE TIMONEDA

En la insigne Salamanca, donde toda idea culta tiene su asiento y en donde toda empresa literaria encuentra agasajo y aceptación, hace algún tiempo vino a representarse por los escolares y en el claustro de la Clerecía un Auto Sacramental que escribió en pasados siglos el librero valenciano, Juan de Timoneda. Aquella representación movió los ánimos de tal suerte, que uno de los profesores de la Universidad salmantina, D. Antonio García Boiza, ha querido ensanchar el goce y hacer copartícipes de él a los que no pudieron asistir a la fiesta; y por ello ha publicado el Auto sacramental en cuestión que no es otro que el de *La oveja perdida*, en edición linda, con prólogo lleno de entusiasmo y erudición y comentario del texto ni pobre ni farragoso.

La bibliografía de Timoneda se va enriqueciendo en estos últimos años con trabajos de muy diversa índole y sumamente interesante cada uno en su esfera correspondiente. Ya el P. Olmedo nos ha dado a conocer un ternario ignorado, ejemplarísimo, que proporciona datos valiosos para rectificar especies y para afianzar afirmaciones; ya el actual libro pone al discutido valenciano en contacto con el gran público en una de sus manifestaciones más brillantes; y así, en uno y otro aspecto, se va facilitando el camino al que, llevado en alas de amor a la verdad y a la literatura patria, intenta poner de relieve un Timoneda completo y exacto, libre de conjeturas y presentado tal y como escribía, colocándole en el lugar que le corresponde dentro de la literatura general hispana y de la cultura de la ciudad del Turia.

Gran acierto ha sido, a mi entender, la elección de *La oveja perdida* para una edición popular. Es obra a la que puede llamarse predilecta del autor, ya que, en cuanto hubo lugar repitió su impresión. El análisis que el Sr. García Boiza hace del auto resulta sobrio y acertado; y la disquisición sobre los autos sacramentales en general, muy puesta en su punto y razón. Poco afortunadas han sido esta clase de composiciones, pues envolviendo un ideal religioso, por avivar realidades profanas entre los espectadores, hubieron de ser prohibidas cuando mayor auge alcanzaban; y la crítica, de tal modo se ha aficionado a los extremos, que ellas quedaron en un término medio poco admitido. La Mística atrajo a los que a la faceta religiosa de nuestra literatura se inclinaron, y el teatro a los que prefirieron lo profano; y así, la exaltación eucarística en la improvisada escena del templo tuvo que ceder el paso y cobijarse entre los pliegues del manto del olvido.

Para guardas de libros han servido algunos documentos que nos hablan de representaciones sacramentales en su siglo de esplendor, y precisa toda diligencia y fortuna para topar con extremos llenos de novedad y curiosos. Esperemos la ocasión para hablar de ellos.

El Sr. García Boiza recoge y cita una afirmación mía: creo, dadas las reminiscencias que se observan en los autos sacramentales de Timoneda, que pueden servir de base para una resolución del problema cronológico, pues, auto del que no se encuentran huellas en las producciones del librero de Valencia, permite sospecharse que es posterior a él.

Esta conclusión, que necesita comentario, y que en su día comentaremos, es la mejor prueba de lo que, a mi juicio, valen las publicaciones sobre el autor de *El Patrañuelo*. Para mí, el profesor salmanticense ha hecho una labor positiva, no sólo para vulgarizar el conocimiento de autor tan lleno de interés como al que nos referimos, sino para contribuir al estudio de esa literatura, fuente de belleza poco apreciada por la crítica y que se llama autos sacramentales. Y para ello acertó a elegir la *perla* de la producción literaria del valenciano, la que, al través de los siglos, ha hecho sentir en el claustro de la Clerecía de Salamanca a un numeroso público el deleite y fruición que guarda como guarda la rosa el aroma con que regala a todo el que se acerca para verla.—*Eduardo Juliá Martínez*,.

Sigüenza, Julio, 1921.

* * *

“LIBRITO RECOMENDABLE

LA OVEJA PERDIDA. Auto sacramental de *Juan de Timoneda*, representado en Salamanca el día 9 de Junio de 1920, con ocasión de la solemnísimas Asamblea eucarística.—Públícalo con introducción, notas y glosario el doctor *D. Antonio García Boiza*, profesor de la Universidad de Salamanca, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Es un bonito recuerdo de nuestra memorable Asamblea. Por su contenido, evangélico y eucarístico, y por el clásico ornamento con que el erudito autor ha tenido el acierto de vestirle, aplacerá seguramente a quienes deseen *volver a saborear, con el deleite sosegado y repetido de la lectura*, las místicas mieles de la encantadora producción de Timoneda, cuya artística representación, en inolvidable tarde, conmovió religiosamente a más de cinco mil espectadores, que en el patio del Seminario Conciliar la celebraron, no sólo con aplausos entusiastas, sino también con lágrimas de intensa emoción piadosa. Las Marías de los Sagrarios, zagalejas enamoradas del Divino Mayoral, encontrarán en el librito del culto Profesor de la Universidad salmantina, pábulo con que inflamarse más y más en su celo por traer ovejas descarriadas al redil de *nostramo*, donde se *relaven* de la *roña* y engorden comiendo el *pan de vida entera*....”

(De la *Crónica de las Marías*).



Tercer Centenario de la canonización DE SANTA TERESA DE JESUS

JUNTA LOCAL DIOCESANA DE CABALLEROS

En el Palacio Episcopal de Salamanca y bajo la presidencia del Rvmo. Prelado, se ha constituido en la siguiente forma:

Presidente honorario: Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo.

Presidente efectivo: Excmo. Sr. D. Luis Maldonado Ocampo, senador.

Vicepresidente: D. Emiliano Rodríguez Risueño, Catedrático.

Tesorero: D. Marías Blanco Cobaleda.

Secretarios: D. Mariano Arenillas Sáinz, D. Antonio García Boiza y D. Antonio Blázquez Durán.

Vocales: M. I. Sr. D. Agustín Parrado García, Arcediano de la Santa Basílica Catedral; M. I. Sr. D. Miguel García Alcalde, Chantre; M. I. Sr. D. Tomás Redondo, Canónigo; D. José Manuel Bartolomé, D. Nicasio Sánchez Mata, D. Enrique Esperabé, D. Enrique Nogueras, D. Mariano Sesé, D. Manuel G. Calzada, D. Mariano Reymundo, D. Fernando Iscar Peyra, D. Miguel Iscar Peyra, D. Andrés Pérez Cardenal, D. Jacinto Elena, D. Juan D. Berrueta, D. José María Lamamié de Clairac, don Juan Estella, Presidente de la Diputación; D. José María Viñuela, Alcalde; D. José Cimas Leal, D. Francisco Otero, don Fernando D. Zaballa, D. Manuel José Rodríguez, D. Angel Vázquez de Parga, D. Bienvenido Oliver, D. José Luis, D. Joaquín Vargas, D. Mariano Rodríguez Galván, D. Jesús Sánchez y Sánchez, Sres. Coroneles de la Guardia civil y de los Regimientos de Albuera y de La Victoria, Sr. Director del Banco de España y R. P. Prior de los Carmelitas.

El Excmo. Prelado indicó a los reunidos, para su preparación y

estudio, dos actos principales fuera de los festejos religiosos: un acto universitario al que se invitará a todas las Universidades españolas —la de Salamanca por los lazos estrechos que la unen a Santa Teresa, llevará la iniciativa—, y otro una exposición de arte retrospectivo de la época de la Santa, iniciativa del Ateneo que prestará para ello su cooperación.

JUNTA DE DAMAS

También ha quedado ésta constituida en Salamanca, en la forma siguiente:

Presidenta de honor: Excma. Sra. Marquesa, viuda de Castellanos.

Presidenta efectiva: D.^a Teresa Maldonado de Hurtado de Mendoza.

Vicepresidenta primera: Excma. Sra. Marquesa de Llén.

Vicepresidenta segunda: Sra. D.^a Adela Peyra, viuda de Iscar.

Secretaria: Sra. D.^a Carmen Berdugo de Alba.

Vicesecretaria: Sra. D.^a Carolina Barrio de Plaza.

Tesorera: Sra. D.^a Laura Rodríguez de Blanco.

Vicetesorera: Sra. D.^a Celia González de Esperabé.

Vocales: Sras. D.^a Pilar León de D. Zaballa, Angela Echenique de Sánchez del Campo, Eliodora Velasco, viuda de Sánchez de la Peña; Pura Clairac de Pérez Tabernero, Elvira Peñalosa de la Riva, María Josefa Fadrique de R. Vega, Rosa Seccall, viuda de R. Miguel; Rosa Sánchez, viuda de García Estévez; Sofía Alonso de Clairac, María de la Peña, viuda de Martínez, y la Srta. María Teresa Palacios, Presidenta de las Teresianas.

Consiliario: D. José Manuel Bartolomé, Rector del Colegio de San Ambrosio.